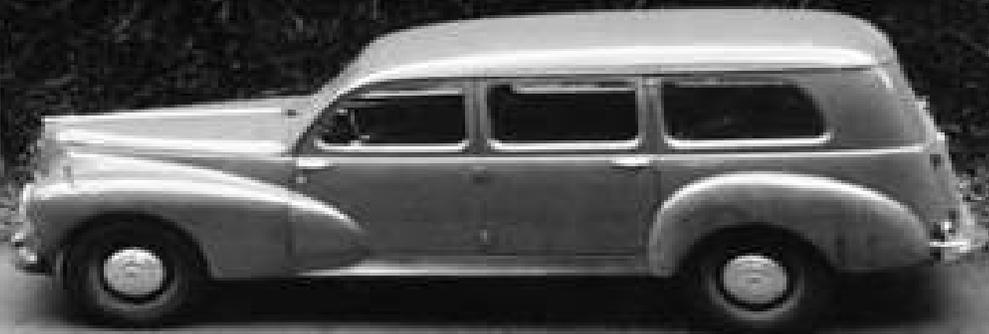


RODRIGO HASBÚN

Los afectos



LITERATURA RANDOM HOUSE

Los afectos

RODRIGO HASBÚN



LITERATURA RANDOM HOUSE
www.megustaleerebooks.com

Aunque inspirada en personajes y hechos históricos, esta es una obra de ficción. Como tal, no es ni intenta ser un retrato fidedigno de ningún miembro de la familia Ertl, ni de quienes aparecen junto a ellos en la novela.

I

PAITITÍ

El día que papá volvió de Nanga Parbat (con unas imágenes que trituraban el alma, tanta hermosura no era humana), mientras cenábamos, nos dijo que el alpinismo se había tecnificado demasiado y que lo importante se estaba perdiendo, que ya no escalaría más. Tras oírlo mamá sonrió como una idiota, creyendo que esas palabras contenían algún tipo de promesa, pero se quedó callada para no interrumpir. Es la comunión con la naturaleza lo que importa, siguió diciendo él, la barba más larga que nunca, tan oscura como sus ojos un poco desquiciados, la posibilidad de llegar a los lugares que han sido abandonados hasta por Dios es lo que importa. No, por Dios no, se corrigió, en el principio de uno de esos monólogos que duraban horas apenas llegaba, antes de que empezaran a crecerle el silencio y las ganas de emprender una nueva aventura, es más bien en esos lugares donde se lo encuentra, donde Dios descansa de nuestra ingratitud y sordidez.

Monika y Trixi lo oían sumidas en una hipnosis incipiente y mamá ni qué decir. Éramos su clan, las que lo esperábamos, hasta entonces siempre en Munich pero ahora en La Paz desde hacía un año y medio. Irse, eso era lo que papá sabía hacer mejor, irse pero también volver, como un soldado de la guerra permanente, hasta reunir fuerzas para irse una vez más. Solía suceder luego de unos meses de quietud. Esta vez, justo después de quejarse del alpinismo, con la boca medio llena, mencionó que pronto se largaría en busca de Paitití, una antigua ciudad inca que había quedado enterrada en medio de la selva amazónica. Nadie la ha visto en siglos, dijo y me dio pena mirar a mamá, constatar lo poco que le había durado la ilusión. Está llena de tesoros, los incas los resguardaban ahí de la codicia de los conquistadores, añadió él, pero eso era lo que menos le interesaba, su único tesoro sería encontrar las ruinas de la ciudad. Lo cierto es que a su regreso de Nanga Parbat había hecho una escala decisiva en São Paulo y finalmente tenía el financiamiento y los equipos. No hay que olvidar cuánto tiempo pasó desapercibida Machu Picchu, dijo, durante cientos de años nadie sabía que estaba donde está, hasta que el audaz de Hiram Bingham la encontró.

Papá se sabía los nombres de mil exploradores, yo no. Me faltaba un año de colegio y mis preocupaciones eran otras, entre ellas qué haría después. La Paz no estaba tan mal, pero era caótica y nunca dejaríamos de ser extraños, gente venida de otro mundo, un mundo envejecido y frío. Al menos ya habíamos logrado adaptarnos, después de meses de meses luchando contra todo, incluido el bendito español. Mamá apenas podía hablarlo, pero mis hermanas lo manejaban cada

vez mejor y yo me defendía sin grandes dificultades. Mi segunda opción era regresar a Munich. Me disuadía el hecho de que Monika estuviera considerándolo también, porque en ese caso quizá terminaríamos viviendo juntas. Ella tenía dieciocho recién cumplidos y acababa de graduarse y estaba más confundida y rabiosa que nunca. Con sus crisis nerviosas había logrado que todo girara a su alrededor aún más que antes, y que Trixi y yo tuviéramos que resignarnos a ser personajes secundarios, un poco como mamá en relación con papá. Era feo verla revolcándose, no voy a negarlo. Era impactante, horrible incluso, hasta habíamos tenido que atarla la última vez. ¿Papá ya sabía? ¿Se lo había contado mamá en alguna carta? ¿Se lo había contado más temprano, apenas se quedaron solos en su cuarto, antes de la cena? Aunque mamá llevara meses implorando, Monika no le daba importancia al asunto (no es nada, decía, déjenme en paz) y se negaba tajantemente a visitar a un psiquiatra o a un médico internista.

En cualquier caso, el desorden interior de mi hermana coincidiría diez días después de la llegada de papá con esto otro: los arqueólogos brasileros a los que esperaba le notificaron que necesitaban postergar el inicio de la expedición. Él no entendió los motivos o los asumió como una afrenta personal, y una tormenta de mierda se desató entonces en casa. En los días siguientes lo oímos hacer llamadas interminables, cerrar puertas con todas sus fuerzas, amenazar y gritar. Entre medio se la pasaba rumiando como una bestia en cautiverio, como un hombre que lo ha perdido todo. Nosotras estábamos de vacaciones y no podíamos eludir el martirio. Al fin, una tarde en la que Monika y yo lo ayudábamos en el jardín, le propuso a ella que lo acompañara. Mi hermana no sabía si quería estudiar ni qué estudiaría si lo hacía, ni dónde lo haría de hacerlo. Por lo demás, ella había sido la que cuestionó más la decisión de instalarnos en Bolivia, hasta en el barco sus reproches fueron de nunca acabar. No podemos dejar nuestras vidas así como así, decía antes de que empezara el pataleo, eso no se hace. Empezar de cero es una oportunidad que pocos tienen, decía papá. Empezar de cero no se puede, lo cortaba mi hermana, irse es de cobardes. Ante palabras como esas él se quedaba callado y a ella su silencio le daba rienda suelta, al menos hasta que él perdía la paciencia, y entonces mamá nos decía a Trixi y a mí que nos fuéramos a pasear por la borda mientras ellos se quedaban discutiendo, a veces durante horas. Luego, el día que llegamos a La Paz, entendí mejor los temores de mi hermana. Nada era reconocible (había niños mendigando por las calles, indios cargando bultos enormes en sus espaldas, demasiadas casas a medio construir), y en general todo se veía precario y sucio. Un par de meses después, ya acomodadas en un barrio céntrico y luego de que papá se hubiera ido a Nanga Parbat, empezaron las crisis nerviosas de Monika. Había pasado más de un año desde entonces. Ahora, en el jardín, para mi sorpresa, aceptó de inmediato la propuesta que él acababa de hacerle.

Obviamente papá intentaba matar dos pájaros de un tiro: contar con su ayuda para la expedición, que según supimos entonces había decidido no retrasar un solo segundo, pero además alejar a Monika de sus demonios y de su incertidumbre. Tras oírlo, incrédula, dije que también

debía llevarme. Tú todavía estás en el colegio, pelotuda, se entrometió mi hermana. Puedo faltar unos meses, respondí sin perder la calma, y luego volví a dirigirme a papá. Algo como esto podría ser importante en mi vida, dije, tú lo sabes mejor que nadie. ¿Cómo sería para él volver a casa después de tanto tiempo rodeado de naturaleza inhóspita, acompañado únicamente por hombres parecidos a él? ¿Habría pasado algo de lo que no estábamos al tanto para que no quisiera seguir escalando? Y con lo de Paitití, ¿qué buscaba realmente? ¿Y yo? ¿Faltar a clases nada más? ¿Sentirme única entre mis amigas, que reventarían de la envidia al enterarse? ¿No quedarme atrás en relación con Monika? Como si lo hubiera previsto todo, incluidas las preguntas que me estaba haciendo, se le formó una sonrisa rara a papá mientras asentía. Se me heló el pecho y miré a mi hermana y ella me miró y ya ninguna supo qué decir. Supongo que nos dio miedo saber que el asunto iba en serio.

Es necesario estar preparados, dijo él al rato. Entre nosotros hablábamos en alemán, las pocas veces que debíamos hacerlo en español se sentía falso. Atardecía, pronto tendríamos que volver adentro. Ya habíamos terminado de desyerbar el jardín, solo faltaba hacerle un nudo a la bolsa de yute y salir a la calle a botarla. Materialmente estamos más que listos, dijo, tenemos trajes a prueba de picaduras, aparatos de radiotelegrafía, escalas de aluminio, estuches especiales para proteger el celuloide, una cámara estupenda, tenemos todo lo que necesitaríamos para llegar al mismísimo fin del mundo. Ese equipo pudo comprarlo gracias al apoyo de algún ministerio boliviano y del instituto brasilero, que había aceptado que se fuera sin su gente. El futuro sucederá aquí, lo había escuchado decir varias veces en los últimos días, Europa ha perdido la oportunidad, es el turno de países como este. En el nuestro ya no lo querían y el desprecio era mutuo, aunque la cinematografía alemana le debiera tanto. Durante las Olimpiadas de Berlín, en la famosa producción de Leni Riefenstahl, papá había sido el primer camarógrafo en filmar bajo el agua y en hacer unas tomas aéreas increíbles, el primero en tantas cosas. También se había dedicado durante años a sacar fotos impresionantes de la guerra. Lo sabían todos y nosotras más que nadie, no por nada tuvimos que mudarnos de continente y de vida. Materialmente estamos preparados, insistió él en el jardín, poniéndose al hombro la bolsa de yute, pero logísticamente aún no, ni física ni mentalmente, y espiritualmente menos. ¿Sabría mamá? ¿Lo habrían discutido ya? ¿Nos iríamos sin su consentimiento? No será fácil, dijo él, nadie dijo que lo será, ni para ustedes ni para mí, pero encontraremos Paitití. Paitití nos espera hace siglos, dijo, llegaremos cueste lo que cueste.

Tres semanas después el nuevo grupo estaba conformado y listo para partir. Por supuesto, papá era el jefe de la expedición. No era arqueólogo, nadie lo era en el grupo, pero eso no importaba, al menos por ahora no. Rudi Braun había emprendido aventuras similares (acababa de volver del

Chaco) y no parecía atado a nada y sabía de sobra quién era papá, por lo que no fue difícil convencerlo. A mí me bastaron dos segundos para enamorarme hasta las patas y para sentirme afortunada por estar ahí. Entomóloga de profesión, la señorita Burgl llevaba meses anclada en Bolivia, adonde había llegado a estudiar algún tipo de insecto. Ella ayudaría con lo que hiciera falta pero además se dedicaría a recolectar muestras de fauna. Por último, Monika y yo nos encargáramos de un sinnúmero de tareas, entre ellas asistir a papá en el rodaje del documental que se había comprometido a hacer.

Viajamos en una Kombi hasta donde se pudo. Era lenta, quizá por lo cargada que estaba. Ese primer día pasamos por Balca y Chacaltaya, deteniéndonos cada tanto para que él filmara o tomara fotos. Antes de partir nos había enseñado cómo ayudarlo y para entonces ya sabíamos armar el trípode en un abrir y cerrar de ojos, conocíamos los lentes de memoria, entendíamos en detalle el funcionamiento de la cámara. Llegamos tarde en la noche a Sorata y dormimos pésimo, apretados en un cuartito que alquilamos. A la madrugada siguiente había veinticinco mulas esperándonos y cargamos cada una con bultos de cuarenta y seis kilos exactos, papá nos había dicho que si eran más las mulas no avanzaban. Granizaba y hacía un frío intolerable, diez veces peor que el de la ciudad. Debíamos cruzar la Cordillera Real a más de cinco mil metros de altura. Hasta respirar era difícil, ni qué decir mientras caminabas cargada con una mochila y la cara congelada.

Encontramos innumerables santuarios en el camino. Eran unos montoncitos de piedras lisas, puestas de tal manera que aguantaban las inclemencias del tiempo. Cada vez que pasábamos por uno, los arrieros desparramaban hojas de coca a su alrededor y murmuraban oraciones en aimara. Uno de los arrieros me explicó que los santuarios eran para honrar a la Pachamama, la diosa tierra, y para saludar a los espíritus de las montañas. Me costaba entenderlo porque tenía un bollo de coca en la boca, costumbre que compartía con sus compañeros. Chupaban las hojitas durante horas, su jugo les daba fortaleza. En la cumbre nos esperaban mulas frescas. El capataz quiso que papá le pagara más de lo acordado, aduciendo que su gente no estaba contenta, y se pasaron una hora negociando. Papá mezclaba idiomas cuando se ponía nervioso y resultaba aún más difícil entenderlo. Le salían palabras alemanas y bávaras, italianas, inglesas, todas juntas, formando un murmullo imposible. Me ofrecí de intérprete pero él se negó a aceptar mi ayuda. Al fin cerró el trato cediendo tres mil pesos.

Horas después aparecieron unos sujetos siniestros que se dirigían a Tipuani en busca de oro. Papá cambió de actitud y Rudi, que antes iba precediendo el grupo, vino a respaldarlo. Su valentía me hizo temblar de emoción o quizá temblé debido al viento que empezó a soplar. Ninguna mula podía quedar rezagada. Para intentar ayudar, yo las contaba una y otra vez, aunque nunca pasaba de trece o catorce, no sin moverme, algo que no era aconsejable dadas las condiciones del camino. De rato en rato los bandoleros hacían preguntas, pero sobre todo guardaban un silencio

inquietante. Me puse a imaginar lo peor (que en combinación con los arrieros se llevaban nuestras pertenencias, que terminábamos descuartizados), a la media hora nos desearon suerte y se alejaron. Oscurecía cuando llegamos a Yani. Las pequeñas casas de adobe parecían amontonadas unas sobre otras, nunca antes había visto algo así. Era un pueblo sombrío. Los niños caminaban descalzos en las callecitas de tierra y algunos tenían la cara llena de mocos. Nos miraban como a fantasmas y no respondían a nuestros saludos. Cómo no se morían de frío era un misterio. Los problemas volvieron a surgir cuando se esfumaron algunos arrieros con sus mulas, apenas quedaban seis o siete al llegar. Papá se enfureció, el capataz le explicó que habían regresado a sus casas y que volverían temprano al día siguiente. Hubo otra discusión y tuvieron que hacerlos llamar. Poco después los bultos estaban en el patio, cubiertos por una lona. Los aldeanos merodeaban el lugar, seguramente preguntándose quiénes éramos y qué hacíamos ahí. Papá se puso desconfiado y nos ordenó montar guardia. Monika fue la primera en ofrecerse, bien armada con su pistola de gas. La señorita Burgl y yo preparamos la cena mientras Rudi y papá desinfectaban el cuarto donde dormiríamos. El techo era de paja brava y las paredes de adobe. Por dentro estaban recubiertas con periódicos viejos, algunos incluso de los cuarenta.

En medio de la noche Rudi me despertó acariciándome la cabeza. ¿Qué pasa?, pregunté. Es tu turno, dijo. Ah, dije yo y me levanté de inmediato, feliz de que al fin pudiéramos hablar. ¿Todavía hay gente?, pregunté. Hay dos perros que llevan horas olfateando los bultos, eso es todo, dijo él. Quise creer que sonreía, la oscuridad no me dejó verlo. Yo sonreí pero supongo que él tampoco me vio. Descansa, dije. Sí, dijo él. La mañana siguiente desperté a su lado y ahora sí vio mi sonrisa cuando le di los buenos días. Estábamos solos en el cuarto, afuera ya se oían los gritos de papá. Un reportaje sobre la guerra llamó mi atención. Yo recordaba poco de ese tiempo, le pregunté a Rudi si él sí. Se estaba amarrando las botas y respondió que no podíamos demorarnos. Volvió a acariciarme la cabeza cuando salía, pero fue más como se acaricia a una mascota que a una mujer. Es posible que me creyera demasiado joven o que temiera a papá, quien por cierto ese día nos pidió que lo llamáramos por su nombre. Hans, teníamos que decirle, como a un extraño, Hans y nada más que Hans. Afuera seguía oscuro y el capataz y los arrieros de nuevo estaban pidiendo más plata. ¿Sucedería todos los días a partir de ahora? ¿Nos creían imbéciles? Sean hombrecitos y cumplan su palabra de una vez por todas, gritó Monika, furiosa. Se hizo un silencio incómodo, de varios segundos, antes de que todos largaran una risotada fraterna, incluido papá, que lleno de orgullo le desordenó el cabello mientras ella empezaba a reírse también. Con esa risa terminó zanjado el asunto.

Reemprendimos la marcha. Parte del camino había sido abierto hacía siglos por los incas. Era perturbador pensarlo, era fascinante y triste. Era todo eso mismo saber que estábamos perdidos en las entrañas de un país ajeno, tan lejos de casa. La expedición recién comenzaba y podía ser fácil perder la perspectiva, olvidar que lo que hacíamos día a día respondía a un plan mayor, que todos

nuestros esfuerzos iban dirigidos a encontrar una ciudad perdida en la selva. Paitití, tenía que repetirlo como un mantra: Paitití, Paitití, Paitití. Lo intentaba cuando me distrajeran los murmullos de Rudi y Monika. Los días en los que estaba de buenas, envidiaba la ligereza de mi hermana, su capacidad de hacerse amiga de quien fuera. Cómo era posible que ese buen humor tuviera una contraparte tan terrible era algo que me costaba entender. Me costaba entender que la chica alegre y la chica desesperada fueran una misma.

Al atardecer acampamos en Tola-Pampa. Había un arroyo cerca. Los demás no quisieron acompañarnos, la señorita Burgl y yo fuimos a bañarnos solas. Lo hacíamos por primera vez desde que partimos, para mí todavía era una extraña. Me preguntó si me dolían los pies. Dije que estaba más que bien, aunque lo cierto es que el cuerpo entero me estaba matando. Me preguntó si echaba de menos a mamá. Dije que sí. Me preguntó cómo era ella. Es melancólica, dije, una respuesta en verdad ridícula, pero no se me ocurrió otra. Por pudor evité mencionar las flemas enormes que había empezado a escupir y que mis hermanas y yo examinábamos como a animalitos recién nacidos. Tenemos compañía, dijo la señorita Burgl. Uno de los chanchos de la familia que nos acogía estaba parado a unos metros, mirándonos. Más tarde, mientras hacía del cuerpo, se quedó esperando a que terminara para darse un banquete apenas me alejé.

Temprano al día siguiente los ruidos de papá me despertaron. ¿Habíamos salido de La Paz hacía tres días o habían sido solo dos? ¿Y cuánto más nos faltaba para llegar a Incapampa, donde estableceríamos nuestro campamento base? Teníamos tantas cosas por hacer que al final ni alcancé a preguntar. Por lo demás, esos primeros días casi no había hablado con nadie, y con mi hermana menos. El silencio es fundamental, dijo papá varias veces desde que partimos, los exploradores son gente que sabe oír mejor que nadie, gente que debe estar atenta a lo que la rodea. Oír es igual o más importante que ver, dijo una y otra vez. Ahora, en la madrugada, lo oía haciendo algo fuera de la carpa. Poco después apareció con unos platos succulentos de avena y fruta trozada.

A las siete de la mañana estábamos en camino una vez más, a las once nos recubrió una niebla impenetrable. Papá gritó fuerte que nos concentráramos en seguir a quien iba justo delante. Dos arrieros cerca de mí empezaron a hablar en aimara. No supe qué decían, pero sus voces eran apacibles y me infundieron una calma extraña. Estamos iniciando el descenso, gritó Rudi, cuidense de no resbalar. Me gustaba su manera de hablar, firme y dulce al mismo tiempo, a diferencia de la de papá, que era firme nada más. Ya teníamos puestos nuestros trajes verdes para la selva y empezábamos a sentirla a cada paso, sobre todo por la humedad. Parecíamos paracaidistas extraviados. Parecíamos soldados en busca de una guerra, entes interplanetarios. De vez en cuando se abría la niebla y podíamos ver las colinas que se extendían hacia el este, cubiertas de miles de árboles indistinguibles entre sí. Papá aprovechaba para filmar o sacar fotos y los demás estábamos obligados a detenernos y esperar o a simular que no veíamos la cámara o a

filmarlo a él, que también simulaba no darse cuenta mientras hacía cualquier cosa. Allá abajo, en alguna parte, estaba Paitití. Seguía repitiéndomelo de rato en rato: Paitití, Paitití, Paitití. Rudi, también me decía, Rudi de mi amor, Rudi de mi vida. Me había empeñado en pensarlo soltero, pero el recuerdo de mamá me hizo dar cuenta de que quizá había alguien esperándolo. No sé por qué me adelanté hasta incluso rebasarlo. Mientras lo hacía apareció una serpiente. Rudi reaccionó lanzándole piedras que la obligaron a esconderse en la espesura y me pidió que volviera a mi puesto. Ya ni me atreví a mirarlo en las próximas horas.

Llegamos a Pararani al final de la tarde y todo era distinto a lo que vimos la noche anterior en la alta montaña. La naturaleza era más frondosa y había musgo en el suelo, las casas estaban construidas a base de troncos y hojas de palmera, los pobladores eran gente amable. Dentro de mi traje verde sudaba torrencialmente. Yo lo mismo, me confesó Monika cuando se lo dije. Juntas nos pusimos a inflar los colchones de goma en la choza donde dormiríamos. Si hasta entonces La Paz me había parecido pobre, estos pueblos lo eran diez veces más. ¿Estás bien?, pregunté. Sí, dijo ella, ¿tú? Lo mismo, dije. ¿Sobrevivirás?, preguntó. Ni que fuera tan difícil, respondí. Horas después cenamos tortillas y chucrut. Papá había conseguido doce macheteros que nos abrirían paso por la selva y estaba de buen humor. Decía que al día siguiente llegaríamos máximo a las dos a Incapampa, que era un verdadero milagro no haber tenido ningún contratiempo hasta ahora, que ya podía oír el rumor de Paitití en el aire. Qué buen oído tienes, porque yo no oigo nada, dijo la señorita Burgl y todos nos reímos.

Por la noche me las arreglé para quedar al lado de Rudi. Le di un beso en la barba mientras le agradecía lo que había hecho por la tarde con la serpiente. Estábamos al principio, eso era claro, pero no sabíamos de qué. Estábamos al principio y la única alternativa era seguir. Afuera se oía el zumbido de los tábanos y de las hordas de mosquitos. Rudi se hizo el desentendido. No respondió.

NAVIDAD

Papá y mis hermanas estaban hacía meses en algún lugar de la selva y esa Navidad la pasamos a solas con mamá. Fue la mejor de mi vida.

No debería decirlo, era nuestro secreto, pero lo diré: entre otras cosas, mientras preparábamos la cena, fumé por primera vez.

Fue ella la que me lo ofreció.

¿Quieres?, preguntó de la nada.

Sonreí. No podía creer lo que estaba pasando.

Tenía casi trece años. Doce y diez meses para ser precisos.

Ella parecía triste, quizá porque pasaríamos la Navidad a solas. Hasta Paulina, nuestra empleada, había vuelto a su pueblo.

¿Quieres o no?, preguntó de nuevo mientras extendía su mano con un cigarrillo entre los dedos. Tenía manos delgadas. Fue como verlas por primera vez. De muchas maneras, esa Navidad fue como ver a mamá por primera vez.

Yo empecé a los once, dijo.

Me costaba imaginarla de niña.

No sabía qué decirle. Quería y no quería, estaba nerviosa.

En una situación parecida, añadió, también fue mi madre la que me hizo fumar. Por más increíble que te parezca. A orillas del lago Chiem.

Lo puse en mi boca.

Aspiré fuerte.

Tosí.

Te vas a marear un poco, es normal, dijo mamá y me quitó el cigarrillo para seguir fumando. Lo hacía con una mano, con la otra revolvía las verduras de la sartén.

Ya era noche.

Los demás seguramente estarían en sus casas, con sus familias.

¿Estás bien?, preguntó mamá.

Sí, dije. Lo estaba.

¿Una más?

Asentí.

Esta vez fue ella misma la que acercó el cigarrillo a mi boca.

Aspiré menos fuerte.

Volví a toser.

Mamá estaba habladora esa noche. Habladora porque quería y no porque sentía el deber o creyera que era lo que le correspondía.

Quizá también estaba borracha.

Tenía que estarlo, se había tomado ella sola una botella de vino.

No me dio a probar, para eso todavía tendría que esperar un poco. Me dijo que la vida era más larga de lo que decían y que a veces incluso se sentía interminable. Me dijo que no les creyera a los que tenían demasiada prisa.

Apenas dijo eso último pensé en papá y quizá también en Monika. Heidi y mamá y yo éramos más distraídas, más irresponsables.

Cenamos en la sala.

Pavo.

Y suflé de verduras.

Reímos imaginando a papá y a mis hermanas comiendo mono asado o guiso de víbora o cualquiera de esas cosas que supuestamente comían a veces, ahora que sus víveres se estaban acabando. Sus mensajes eran breves y no siempre los entendíamos, pero al menos cada diez días recibíamos alguna señal.

Últimamente sueño con Munich casi todas las noches, dijo mamá. Es como si llevara dos vidas, la de despierta y la de dormida.

¿Cuál te gusta más?, pregunté.

Estábamos en la mesa.

Con solo nosotras parecía enorme.

Mamá sonrió antes de tomar un sorbo de vino, acababa de abrir una segunda botella. Pasaron varios segundos antes de que respondiera.

Creo que soy más feliz de dormida, dijo.

Yo también me acuerdo de la vida allá, dije yo.

Para que se sintiera menos sola o para aliviarme o no sé para qué.

¿De qué te acuerdas?, preguntó mamá.

Del strudel de durazno de la abuela, dije, y del cuarto que tenían en el hotel. Deberíamos ir de visita alguna vez.

Si vamos a mí ya no me darían ganas de volver, dijo ella.

Mamá era la que lo había pasado peor con nuestra mudanza. Solo podía comunicarse bien con otros alemanes, pero además su salud se había deteriorado, la altura de La Paz la afectaba.

Pensé que tenía que acercarme y abrazarla pero me quedé quieta.

Eran las diez o diez y media, faltaba bastante para medianoche.

En casa no teníamos la costumbre de hacernos regalos navideños, así que yo no esperaba nada.

Recogimos los platos. Los lavamos y secamos y los devolvimos a su lugar.

Era algo de lo que usualmente se encargaba Paulina, así como de limpiar todo y lavar nuestra ropa y cocinar. Había tenido que aprender las recetas de mamá porque la comida boliviana no le gustaba a nadie en casa.

Te estás volviendo alemana, la molestaban mis hermanas. También le decían que nos la llevaríamos con nosotras si nos íbamos.

Mamá encendió otro cigarrillo.

Ya no me preguntó si quería, simplemente me lo dio. Fue mi tercera pitada de la vida, luego hubo una cuarta y una quinta y una sexta.

Quiero que me recuerdes así, dijo entonces.

¿Cómo?, pregunté.

Así, dijo ella, en la cocina, fumando contigo en la Navidad del 55.

Nos echamos sin siquiera ponernos nuestra ropa de cama.

Estábamos cansadas.

Me gustaba oírla.

Yo no sabía que el primer hombre al que besó en su vida fue papá ni que los abuelos se opusieron a su matrimonio ni que les desobedeció y se casó igual.

No sabía que antes de que me tuvieran perdieron a dos bebés, tampoco que luego perdieron a uno más.

¿Tú hubieras querido tener hijos?, pregunté.

Mamá respondió que era feliz con nosotras.

Pero tu padre sí hubiera querido, dijo, por eso no dejamos de intentar. Supongo que al final Monika fue un poco como un hijo para él.

Soltó una risita al decirlo.

¿Te enamoraste de papá a primera vista?, pregunté.

El segundo que lo vi, dijo ella. Pero no era la única. Yo creo que todas se enamoraron un poco de él en el comité.

Me volteé a mirarla. Tenía los ojos cerrados y la copa de vino estaba apoyada sobre su estómago. La sostenía con una mano.

Le pregunté si todavía lo amaba.

Abrió los ojos y me miró.

Temí que confesara que no pero me dije que lo entendería. Me dije que era natural dejar de amar. Me dije que en realidad lo que era poco natural era seguir amando. O quizá no, quizá eso me lo dije mucho después.

Cada día más, dijo mamá mirándome todavía.

Parecía que lo decía en serio pero dudé, por cómo había sucedido la noche hasta entonces y por lo libre que parecía de pronto, tomando todo el vino que quería y fumando en cualquier parte de la casa y haciéndome fumar a mí y echándose en la cama sin cambiarse.

Es tarde, dijo entonces y vació su copa de un sorbo antes de dejarla sobre el velador. Segundos después, cuando volví a mirarla, ya estaba dormida.

REINHARD

Sí, Aurelia, la madre de Monika, empezó a trabajar en la importadora de mis padres en mayo del 56. Lo recuerdo bien porque ese mismo mes yo dejé de hacerlo. No mucho antes me había inscrito en la facultad de medicina y por entonces ayudaba cuando podía. La noche en la que nos fuimos al carajo ella estaba ahí. Las diferencias con mis padres ya eran insalvables y muy pronto empezamos a gritarnos. Hubo cosas precisas que les reproché (debían hacerse cargo del empleado al que acababan de encontrarle un tumor, sus trabajadores merecían mejores condiciones) y hubo cosas imprecisas que me reprocharon (mi insolencia y mi ingenuidad y mi ingratitud), pero lo que más recuerdo de esa última pelea es a Aurelia, quieta al lado de la caja, atrapada en una debacle ajena, haciendo como si no oyera nuestros gritos. // Sí, luego constaté que Monika era diametralmente distinta y que era posible que una madre tan vulnerable y delicada engendrara a una hija como ella, pero a Monika no la conocía aún. De nombre nada más, porque Aurelia la mencionaba a veces. Quién hubiera imaginado que unos años después su hija iba a ser tan importante para mí. // Sí, hay personas a las que no les alcanza una sola vida. Lo pienso a menudo en la oscuridad de mi sala, con un vaso de whisky en la mano, en el centro exacto de mis nuevas circunstancias. Qué difícil reunir a todos los que fueron algunos, conciliar por ejemplo a la Monika intrigante del principio con la Monika imposible de más tarde. // Sí, mi pensamiento más constante, cuando el whisky empieza a insinuarse por dentro, es suyo nada más y está anclado en una época de transformaciones: Monika en mi cuarto de mala muerte, leyendo en voz alta o despotricando contra cualquier cosa o llorando a unos centímetros de mí, Monika a sus veintipocos, hermosa y dispuesta a todo, Monika casada con mi hermano pero ofreciéndome su verdadera intimidad a mí. No me avergüenza admitirlo: con una sola mirada me tenía de rodillas. // Sí, cuando contrataron a Aurelia se la veía confundida, asustada incluso. Se notaba que nunca antes había trabajado. Decían mis padres que ella y su familia estaban atravesando una situación económica complicada. Yo creo que tomó el puesto para sentirse menos sola. // Sí, durante mucho tiempo pensé que Monika y yo habíamos llevado vidas paralelas. Ambos llegamos a La Paz en nuestra adolescencia, ambos estábamos incómodos con ese viaje y con nosotros mismos. En esa época creíamos que algo así nos hacía especiales, que podía importar de algún modo. // Sí, unos años antes de que llegáramos había sucedido en Bolivia una revolución nacionalista. Aunque conformaban la mayoría de la población, los indios solo entonces obtuvieron el derecho a voto y la posibilidad de tener tierras propias. A mi entender, sin embargo, se trataba de un primer paso

ilusorio. Con esto quiero decir que los indios seguían igual de jodidos. Para ellos la miseria todavía era la norma. // Sí, las cifras resultaban estremecedoras incluso en La Paz, la ciudad más rica del país. A mediados de los cincuenta tenía menos de cuatrocientos mil habitantes y, aun así, el sesenta por ciento de quienes vivían ahí nunca había pisado una escuela. Las tasas de mortalidad infantil y materna estaban por las nubes, la infraestructura sanitaria dejaba mucho que desear. Lo peor de todo, sin embargo, era la persistencia de la pseudoaristocracia criolla. Buena parte de los alemanes y judíos llegados al país se incorporaron a ella de inmediato. // Sí, fue en la universidad donde me fui acercando a la izquierda y donde empecé a participar más o menos activamente en las reuniones que organizaban los estudiantes de sociología. Supongo que para ellos mi presencia fue extraña al principio. Más de uno debió sospechar que venía de una familia adinerada. // Sí, a Aurelia no le gustaba hablar de sí misma y yo era un conversador discreto. Más allá de eso, y de que solo nos frecuentáramos unas cuantas semanas, desde el principio sentí un cariño auténtico por ella. // Sí, solo un par de años después supe que ya estaba enferma en la época en que empezó a trabajar en la importadora. Quise visitarla apenas me enteré, pero se había acelerado el ritmo de la carrera (y de la militancia incipiente y de la vida incipiente) y no logré encontrar el tiempo o la valentía para ir a verla. // Sí, de haber ido quizá hubiera conocido a Monika entonces, antes que mi hermano, y nuestras vidas sin duda hubieran sido distintas a como terminaron siendo. Alguna vez se lo mencioné, pero a ella la irritaban las conjeturas y cambió de tema de inmediato. // Sí, después de la pelea con mis padres, alquilé un cuarto cerca de la universidad y me puse a hacer turnos en dos clínicas para sustentarme. Me encargaba de asuntos menores: curar heridos, atender a los que se creían enfermos sin estarlo. // Sí, alejado de mi familia y de las convenciones de clase, mi acercamiento a la izquierda fue intensificándose y pronto estreché lazos con algunos líderes estudiantiles. A menudo nos reuníamos en el cuarto donde ahora vivía. Ahí mismo fui haciéndome hombre, aunque lo cierto es que las bolivianas eran más bien púdicas. // Sí, cada noche, whisky en mano, invariablemente aterrizo en el pasado y sobre todo en Monika, que apareció poco después y que para mí condensa mejor que nadie esos años: Monika rabiosa o feliz, cuestionándolo todo, Monika lamiendo o besando o gimiendo o solo quieta, la que fue antes de la que fue. Afuera, del otro lado del ventanal, ya no está La Paz. Dentro, de este lado, hay un hombre (de barba, medio calvo) y no el chico agradecido aquel. // Sí, con mi hermano nunca fuimos afines y nuestro alejamiento sucedió sin mayores sobresaltos. Monika nunca tuvo nada que ver. // Sí, la única que importa ahora es ella, la niña incomprendida, la adolescente caótica y rebelde, la mujer que luego perdió la perspectiva y ya no supo detenerse y terminó haciéndose daño y haciéndoselo a otros. // Sí, si me apuran, esa es la definición de ella con la que me quedaría: la mujer que luego hizo tanto daño.

LA GRAN DESTRUCCIÓN

La segunda parte de expedición, en la que ya no me dejaron participar, estaba llegando a su fin, y mamá y yo fuimos a encontrar a papá y Monika, a la señorita Burgl, a Rudi.

Fue un viaje tortuoso, sobre todo para mamá. Nunca la oí quejarse tanto, por las noches la espalda la mataba de dolor. Viajar en mula no es fácil, después de unas horas empieza a incomodarte hasta el alma. La masajeaba durísimo y aun así mamá me pedía que apoyara todo mi peso, que apretara más.

Ahora estaba sentada al lado de papá y nada hacía ver lo intolerables que habían sido para ella los tres días de recorrido. Yo tenía a Rudi al lado y era difícil mirarlo desde esa posición. Igual lo hacía y cada tanto le pedía que me pasara la sal o la pimienta. Estaba más flaco y se había dejado crecer la barba casi tan larga como la de papá, pero el cambio más significativo era otro: parecía más ausente que antes. Monika lo mismo, volver a vernos a mamá y a mí no la había alegrado de ninguna forma. Papá era el único que se mantenía intacto. Con su convicción de siempre, decía que habían desenterrado de la maleza dos terrazas funerarias de piedra labrada, tres muros y un mirador, pero no estaba seguro si pertenecían a una construcción mayor o qué. Decía que tenían debidamente resguardados una máscara de oro y tres cuchillos de sacrificio y varias vasijas, y que en esos objetos se hallaba cifrada una cultura milenaria. Por sobre todo, decía, filmaron escenas maravillosas. Fue difícil tocar el tema pero lo hice, pregunté por Paitití. Sucedió entonces un silencio raro, yo diría que de todos, aunque antes hubieran estado callados. Necesitamos más tiempo para llegar, dijo papá al fin. Nada se logra con uno o dos viajes, dijo, aunque en realidad sí, se logra muchísimo, por ejemplo establecer las coordenadas para futuros viajes. Conmigo ya no cuentas, lo interrumpió Monika, no sé si en serio o en broma, pero ni mamá ni yo pudimos aguantar la risa.

Eso le dio ánimos a ella para contarnos la historia de Luisa y Felipe, la gallina y el gallo que los habían acompañado durante la expedición. Durante la segunda parte de la expedición, quise corregirla y no me atreví. Se los había regalado una anciana de Huaricunca a la que encontraron a medio camino, cuando recién llegaban. Vi que mamá apoyó su mano sobre la rodilla de papá y eso me alegró. Vi también, de reojo, a Rudi comiendo concentrado. La anciana tenía los ojos llenos de pus, dijo Monika, la pobre veía apenas y nosotros la ayudamos. La lavamos con agua bórica, dijo papá, y le dejamos un tubo de penicilina para que se untara los ojos. Seguimos camino pensando que nunca volveríamos a verla, continuó Monika, pero quince días después apareció aquí. Era una

mujer jorobada que apenas podía caminar, intervino la señorita Burgl por primera vez desde que nos sentamos a la mesa. Me molestaba percibir cierta complicidad entre ellos, sentir que yo había dejado de ser parte del grupo. Odié esos once meses de lejanía, haber tenido que ir al colegio en lugar de acompañarlos. Claro, dijo Monika, apenas podía caminar, pero dos semanas después apareció con sus ojos sanos, y nos traía a Luisa y Felipe a manera de agradecimiento. ¿Se dan cuenta de cuánto caminó?, preguntó papá. Cuánto, pregunté. Unas cuatro horas de ida y otras cuatro de vuelta, respondió papá, su aldea está más allá de Maripi. Caminaba lentísimo, ayudándose con una rama, dijo Monika, hasta daba pena mirarla. El asunto, dijo papá, es que muchas de las leyendas acerca de Paitití nos las compartió esa valerosa anciana, que por lo demás volvía de visita cada quince días. Fue ella, dijo, la que nos contó cómo los dioses de los incas poblaron la región de hormigas de fuego y serpientes, para protegerla. Dijo papá que no era eso lo único que hicieron los dioses. Dijo que también pusieron un velo que hacía invisible a Paitití, invisible ante los ojos de los sedientos de riqueza. Bueno, es una leyenda, intervino de nuevo la señorita Burgl. Lo que no significa que carezca de un origen verdadero, dijo papá. De todas maneras, dijo, según la anciana eso solo les pasa a los codiciosos, a los que vienen en busca de tesoros materiales. El gallo y la gallina eran regalos de la suerte, lo interrumpió Monika, la anciana prometió que nos cuidarían. No saben cómo se ponen estos dos cuando hay una serpiente cerca, añadió y se rió y Rudi se rió también, inesperadamente, lo que no dejó de dolerme. Se habían acordado juntos de algo que yo desconocía.

Me abstraí durante un segundo. Nos pensé como si fuéramos parte de una de esas películas que veía a veces con mis compañeras de curso. Lo mínimo que parecíamos era anormales, sobre todo cuando papá se puso a imitar a la gallina. Cómo se orientó la anciana, preguntó mamá al rato, al parecer se había quedado pensando en ella, en las dificultades que debió enfrentar, en las dificultades que ella y yo enfrentamos al venir. Las facultades telepáticas no son raras entre esta gente, respondió papá. Esperé que soltara una risotada después de decirlo, pero siguió comiendo como si nada. Lo admito: me dije entonces que estaba perdiendo la cordura o que la había perdido ya, que había un desajuste cada vez más grande entre sus ilusiones y la realidad. Para distraerme acerqué mi pierna a la de Rudi. Él alejó la suya. Mamá propuso que tomáramos el singani que habíamos llevado con nosotras. Lo servimos y brindamos por estar de nuevo todos juntos. Todos menos Trixi, se apresuró a decir mamá, seguramente sintiéndose culpable por haberla dejado sola en casa, bajo el cuidado de la empleada. Era un viaje demasiado duro para una niña, aun para nosotras lo era, no había alternativas. Brindemos también por el fin de la aventura, dijo la señorita Burgl. El fin no, brindemos por el principio, dijo papá y bebió de su vaso y nosotros bebimos de los nuestros. Le pregunté a Rudi dónde estaban los demás hombres, respondió que hacía semanas se habían ido a Tipuani a lavar oro. ¿Y Julio Durán?, pregunté. Era el capataz que nos ayudó a llegar a mamá y a mí y a cinco mulas cargadas. Descansando, dijo Rudi. Costaba hacerlo hablar,

al menos con mis padres cerca. Quizá algo se había deteriorado entre nosotros. No faltaba mucho para que me volviera mayor de edad, no habría excusas entonces. ¿Qué harás luego?, pregunté. ¿Cuando volvamos?, preguntó él. Asentí, con miedo. Irme a Bremen por un tiempo, dijo. Su falta de interés era dañina. Pensé en lo fácil que resulta que las personas se desencuentren, en lo fácil que es perder gente. ¿Había cambiado tanto? ¿O lo que había cambiado era mi forma de verlo? Ahora vuelvo, dije y me levanté y caminé hacia un descampado. Quería que Rudi fuera tras de mí, besarlo apasionadamente como en las películas. Llevaba meses imaginándolo. No le diría nada, me acercaría y lo besaría nada más, con lengua y todo.

La que apareció unos minutos después fue Monika. Me preguntó si estaba bien. Asentí. ¿Tú? Sí, dijo ella, pero me da pena que esto esté por terminar. Bueno, todavía falta, dije yo. Solo unos días, dijo ella. Se sentó a mi lado, en un tronco. En la selva los árboles a veces se desplomaban solos, de un segundo a otro caían muertos. Nos quedamos calladas, sin saber qué más decir. Recién pude examinarla más atentamente. Estaba bastante quemada y tenía los brazos llenos de picaduras de marihuis, pero aparte de eso se veía igual. Me pregunté si le habría vuelto a dar alguna crisis nerviosa, si habría confirmado su vocación de aventurera, si se habría apaciguado para siempre. No puedo imaginarme de vuelta en la ciudad, dijo al rato, eso a veces me da miedo. Esta calma es engañosa, dijo también. No seas tan dramática, respondí. Ella sonrió apenas, a la fuerza. ¿En serio no quieres ser parte de la próxima expedición?, pregunté. No habrá más, dijo Monika. Papá dijo que esto recién comienza, dije yo. Lo dudo, dijo mi hermana, y además Paitití se vuelve invisible ante la presencia de desconocidos, añadió riéndose. Mamá estaba feliz de venir, dije, todo el tiempo bromeaba que al fin podría conocer la oficina de su marido. Es una oficina maravillosa, dijo ella, de eso no hay duda.

Antes de volver al campamento nos dimos un abrazo. Era quizá nuestra manera de aceptar la distancia que había entre nosotras, nuestra forma de decirnos cosas que no sabíamos cómo decirnos.

Al día siguiente papá llevó a mamá a conocer las ruinas o lo que él se empeñaba en llamar así. Yo preferí dejar que fueran a solas y me quedé en el campamento. La señorita Burgl aprovechó para mostrarme su colección de mariposas y también sus pieles de serpiente, algunas de una belleza incomprensible, negras y verdes y moradas o de un anaranjado intenso. Esta yoroma es mi favorita, dijo, no es una serpiente venenosa, no todas lo son. Dijo que les habían perdido el miedo, incluso a las que se colgaban de los árboles, y que por lo general no eran agresivas. Ah, y mira esto, dijo pasándome un frasco donde había un pájaro que nunca antes había visto en mi vida, con las alas salpicadas de un rojo fuertísimo. Son los pájaros sagrados de los incas, los tuncis, dijo la señorita Burgl, llevan siglos de siglos aquí, imagínate todo el aniquilamiento que han visto.

¿Y estas qué son?, pregunté apuntando hacia otro frasco. Tucangiras, respondió ella, tu papá filmó una escena formidable con cientos de ellas comiéndose una mula que perdimos. ¿Qué estarían haciendo papá y mamá en medio de la selva? ¿Besándose apasionadamente, así como yo quería besar a Rudi? Por esos dos motivos, para que se besaran tranquilos y para yo misma intentar besar, me había quedado en el campamento. Monika seguía durmiendo, a Rudi no lo había visto por ninguna parte. ¿Ya te graduaste?, preguntó la señorita Burgl. Sí, dije, y sabía lo que preguntaría después, porque todos me lo venían preguntando hacía tiempo, así que me adelanté y añadí que todavía no estaba segura de qué haría, pero que una posibilidad era irme a Bremen. ¿A Bremen?, se extrañó. Sí, dije sin dar mayores explicaciones. También tengo arácnidos, dijo ella, ¿quieres verlos? Al igual que el día antes con papá, de pronto la vi como a una niña grande que no quería o no podía crecer. ¿Cuántos años tienes?, pregunté. Veintiocho, dijo la señorita Burgl y me miró, ¿por? ¿No te has casado nunca? Negó con la cabeza mientras una sonrisa se le iba formando en los labios. ¿Te preocupa eso?, preguntó. No, ni en lo más mínimo, dije. Eres todavía muy joven, dijo ella, no debería preocuparte. No me preocupa, insistí. Aquí están, dijo luego y me mostró varios frascos llenos de formol en los que habían quedado atrapadas para siempre tarántulas de varios tipos. Fascinantes, ¿no? Sí, supongo, dije empezando a impacientarme, ¿y Rudi? Se fue con el capataz a recoger el equipo de los otros campamentos, dijo la señorita Burgl, salieron temprano. Debió ver algo en mi cara porque me preguntó si quería que fuéramos a bañarnos en el río.

Estos últimos meses no paró de llover, dijo ahí mientras se quitaba la ropa. No hay nada más asombroso que la lluvia tropical, se cae el cielo de un momento a otro, dijo, pero al final terminó abrumándonos a todos. Por algún motivo me estaba dando vergüenza desnudarme esta vez, ella ya se jabonaba los brazos y las piernas. Fue inevitable fijarme en su pubis frondoso y sus tetas pequeñas, en su piel casi transparente. Alrededor de la ropa que dejé a un lado empezaron a revolotear algunas mariposas. Les gusta la suciedad, dijo, quién lo hubiera pensado, ¿no?, son hermosas y lo que más les gusta es la suciedad. El agua solo se sintió fría al principio. La señorita Burgl me pasó el jabón y lo restregué por mi torso. ¿Cómo sería si Rudi nos viera? ¿Cuál de los cuerpos lo atraería más, el mío o el de la señorita Burgl? ¿Entre ellos habría pasado algo? Todo el tiempo pensaba en él, se estaba volviendo una obsesión, compañía constante, ruido en mi cabeza. ¿Participarás en la próxima expedición?, pregunté. No creo que haya próxima, respondió. Papá dijo que sí, dije yo. Participaré si la hay, dijo ella, pero no creo que la haya. Nos lavamos la cara y el cabello y nos relajamos. Cerré los ojos, presté atención a cómo sonaba la selva y también intenté oír los latidos de mi corazón. Se sentía bien estar de vuelta, al menos por unos días. Se sentía bien saber que a decenas de kilómetros a la redonda no había nadie más, solo papá y mamá besándose (o más probablemente no, para qué seguir engañándome), Rudi y Julio Durán recogiendo el equipo restante en otros campamentos, Monika durmiendo, miles de animales

viviendo sus vidas de animales. ¿Terminaría yéndome, para no perder a Rudi? ¿Monika se iría también? ¿Cómo sería vivir a solas con ella, empequeñeciéndome todo el tiempo a su lado, sintiéndome menos linda y menos inteligente y menos graciosa y menos interesante que mi hermana?

Unos diez minutos después la señorita Burgl me preguntó si yo alguna vez conocí a Leni. La pregunta me tomó desprevenida. Leni Riefenstahl, añadió, ¿sabes a quién me refiero? Mi padre trabajó en varias de sus producciones, respondí, era uno de sus camarógrafos, su camarógrafo estrella. Lo sé, dijo, pero lo que me estaba preguntando es si tú la conociste. Podía preguntarle por qué preguntaba o qué la había hecho pensar en ella. Sí, me limité a decir, pero en esa época era medio niña todavía. ¿Y tu mamá?, insistió la señorita Burgl. ¿Mi mamá qué? ¿Era amiga de Leni? Ni idea, respondí, deberías preguntárselo directamente, pero apenas lo dije me di cuenta de que no las había visto hablando ni una sola vez. Después de eso volvimos a callarnos. Hubiera podido quedarme ahí, sumergida en el agua, para siempre. Cinco minutos más tarde nos vestimos y nos fuimos, teníamos que preparar el almuerzo antes de que regresaran los demás.

Todo estaba listo a las siete de la mañana del día siguiente y tanto mamá como yo habíamos sido instruidas sobre qué tipo de encuadres quería papá. Yo conocía la cámara y los lentes y no estaba nerviosa, mamá sí. Se trataba de una escena decisiva, el final apoteósico que papá venía buscando hacía meses para su documental. Pero no era solo por la escena misma que lo haríamos, dijo él, sino también para despejar el terreno y dejarlo listo para la verdadera búsqueda arqueológica que sería necesario emprender más adelante.

Papá se había comprometido a llevar todo el material filmado a São Paulo a principios de junio, dos semanas después. Como la temporada de lluvia había sido interminable, Julio Durán le dijo que tres meses de sequía serían necesarios para que funcionara bien el asunto. Papá no estaba dispuesto a esperar y por eso nos había pedido a mamá y a mí que lleváramos decenas de latas de aceite combustible. Las abrieron y esparcieron su contenido a través del valle, nosotras dos las filmábamos. Luego, desde distintos puntos, dieron inicio al fuego. Muy pronto las llamas empezaron a desprender humo oscuro y se oyeron los chillidos angustiados de las bestias. Una bandada de papagayos levantó vuelo y aparecieron varios buitres. Trazaban círculos en el cielo y se zambullían en el fuego para emerger enseguida cogiendo en sus garras a algún animal. Todo se hizo confuso, era un espectáculo aterrador. Papá nos dio la señal para que los filmáramos huyendo del incendio. Volvieron a toda prisa, él tomó la cámara para hacer tomas adicionales mientras los demás celebraban la gran destrucción. Monika y la señorita Burgl se pusieron a llorar o quizá era sudor únicamente lo que les cubría las caras. Yo aproveché para abrazar a Rudi y supe por primera vez que él también me quería, o que me quería alguna vez. Duró poco, pronto nos dimos

cuenta de que el viento había cambiado de dirección. Tuvimos que acelerar nuestros pasos hacia el campamento.

La que había sido la vivienda de los peones tenía llamas en una de sus paredes. Rudi y el capataz corrieron para sacar los bultos que estaban guardados ahí, mientras papá intentaba capturar el momento. A los demás nos ordenó llevar lo que pudiéramos a la zona del río. La señorita Burgl agarró al gallo y la gallina, y Monika, mamá y yo cogimos los sacos de dormir y unas bolsas con víveres. El fuego había tomado por completo la vivienda y se expandía a la zona del comedor. Entusiasmado, papá nos pidió a mamá y a mí que los filmáramos a él y a Monika mojando unas lonas que luego extendieron sobre la carpa donde la señorita Burgl tenía sus muestras. Mi hermana no parecía temerle al fuego, me impresionó la precisión de sus movimientos. Un trueno nos distrajo. Papá, Rudi y Julio Durán miraron hacia el cielo y todo estaba quedando registrado. Como si hubiéramos planificado la escena, en ese momento estalló una lluvia fulminante que se largó a combatir el fuego. Papá empezó a gritar algo con una euforia que me hizo estremecer y durante unos segundos sentí miedo de todo: de lo que desconocíamos (que era bastante más que lo que sí conocíamos), de lo que cada uno de nosotros llevaba dentro, de lo que estaba fuera del presente. Por sobre todo, sentí miedo de sentir un miedo así. Pero no podía fallar en nada y me obligué a concentrarme.

Papá ahora estaba solo en el encuadre, los demás se habían ido quedando quietos. Gritaba como un endemoniado, con los brazos extendidos hacia el cielo. La lluvia le empapaba el cabello y la barba y la ropa. ¡Gracias!, gritaba. ¡Estás ahí!, gritaba, ¡te veo! ¡Mil gracias, hijo de la grandísima puta! No se dio cuenta de que era el único que seguía celebrando. Justo entonces se acabó el celuloide y la cámara dejó de filmar.

MONIKA Y LOS OTROS

Te casas con un hombre que lleva el mismo nombre que tu padre y eso no te causa gracia. Tu padre no está ahí para estrecharle la mano a él ni para abrazarte a ti, para ofrecerte por medio de esos gestos al hombre que pasará a ocupar su lugar. En tu propia boda, al menos durante unos segundos, te sientes la mujer más sola del mundo. Todas las mujeres deben sentirlo en sus propias bodas, piensas para consolarte o para entretenerte o para las dos cosas a la vez. Solo Trixi te acompaña, esta tarde tu familia se ha reducido a ella nada más, y hay algo desgarrador en esa constatación elemental pero también algo que te libera de forma incomprensible. Hasta hace poco creías que nunca lo harías, que el matrimonio no era para ti. Meses después de haberlo conocido, creyendo quizá en la promesa de una vida diferente, un sábado cualquiera, te casas.

En la noche de bodas él no logra una erección. Lo ves desnudo por primera vez, su cuerpo fibroso, su verga larga y delgada, la cicatriz de la operación de peritonitis, y no sale a flote ningún tipo de emoción o certeza. ¿Una noche de bodas así es también más o menos habitual? Te toca por todas partes con sus manos suaves de señorito, te lame los pezones y el cuello, te besa torpemente, con desesperación o impaciencia o miedo de ti o de sí mismo, pero no logra una erección, ni siquiera cuando tú misma le acaricias la verga. Te preguntas si seguirá siendo virgen, si solo habrá frecuentado putas, si en realidad no le gustan las mujeres, si él tampoco sabe por qué se casó. Te preguntas cómo habrá sido la noche de bodas de tus padres. Nunca pudiste imaginarlos de jóvenes, piensas que tus hijos no podrán imaginarte a ti. Estás distraída, dice tu marido. Es un hombre silencioso, sabe mirarse con distancia. Es lo que más admiras de él, quizá lo único que admiras. A diferencia de lo que creías hasta ahora, a ti se te ha olvidado. Te sientes demasiado cerca de ti misma y todo aparece borroso desde ahí. Dices que no, que no lo estás.

Trixi te ayuda a trasladar tus cosas y tu ropa y a acomodarlas en el espacio que tu marido ha dejado libre para ti. Tu marido: resulta extraño decirlo o pensarlo, pero así lo llamas mentalmente, porque comparte el nombre de tu padre y eso es más extraño aún. A tu hermana solo le faltan dos años de colegio, ya no es una niña. Se ha vuelto nerviosa, le sobran los tics. Piensas de pronto que sería fácil definirla: es una chica rara. ¿Es su forma de huir de lo que la afecta, su

forma de defenderse de lo incomprensible y lo dañino? ¿La tuya es haber contraído matrimonio con un señorito de manos suaves? ¿Tú también cabrías en una sola oración: la que se casó para escabullirse? ¿Escabullirse de qué? ¿Acaso no llevaron vidas relativamente felices, al menos hasta hace un año, cuando tu madre decayó en serio? ¿De ese deterioro irreversible y de ese final intentas huir con tu matrimonio? ¿Del alejamiento de tu padre? ¿Y por qué no te das tregua ahora que acomodas tus cosas en un nuevo cuarto, supuestamente en el principio de algo, el principio dudoso de una vida diferente? Le cuentas a Trixi sobre la noche de bodas. Ella se ríe nada más. No sé qué decir, dice, y te das cuenta de que es más ingenua de lo que creías. Te hace bien hablar con ella, su presencia te hace bien. Le preguntas si está saliendo con alguien (niega con la cabeza), si sospecha qué hará después de terminar el cole (¡todavía me faltan dos años!, dice riendo), si ha sabido algo de Heidi o papá (niega con la cabeza). Horas después se despiden en el portón. Cómo harás para acostumbrarte a tanto lujo, pobrecita, se burla mientras te abraza. Cruzar los treinta metros que hay hasta la puerta te toma no sabes cuánto. Mientras caminas imaginas la casa como una prisión.

Aunque hiciste todo lo posible por evitarlo, vivirán un tiempo con tus suegros. Su padre es un hombre cordial, su madre te trata con displicencia, haciéndote sentir a cada momento que no aprueba la elección de su hijo, que ella esperaba una esposa distinta para él, más refinada y sumisa, menos desagradecida. Ya has explorado su dormitorio y también el depósito y la sala y la cocina, pero no encontraste nada llamativo, la casa y las vidas de quienes la habitan carecen de misterio. Tú, por otra parte, trajiste contigo pocos recordatorios: los diarios de la expedición, cartas viejas, no más de diez fotos, y eso es todo. Evitas frecuentarlos, lo último que quieres es quedar anclada en lugares que ya no existen, y las fotos y los diarios y las cartas son justamente el recordatorio y la evidencia de que ya no existen. Deberías ocultarlos mejor, quizá deberías deshacerte de ellos. Sería lo más consecuente y necesario, lo que te ayudaría a liberarte del todo. No lo haces, sin embargo, porque todavía no eres capaz de hacerlo. A lo mejor nunca lo sea, piensas. Piensas también que solo es posible saber quiénes son los otros, pero quizá ni siquiera eso. En las noches, después de cenas interminables con sus padres, le dices a tu marido que la situación te incomoda y que empiecen a buscar casa de una vez. ¿Qué situación?, pregunta él como si no se diera cuenta, buscando tu cuerpo debajo de las sábanas, acariciándote los pezones, el cuello, las manos, sin lograr excitarte ni excitarse, renunciando pronto, pensando en cualquier otra cosa, sus putas, su homosexualidad, su trabajo. Esta situación, dices tú, no nos hemos casado para seguir siendo hijos.

Porque es lo que te corresponde en un país tan pobre, porque no toleras estar en casa de sus padres, porque algunos días son demasiado distintos a los días que le imaginabas a tu vida, decides crear junto a Lilota un albergue para indigentes. A ella la conoces desde tu primer día de colegio en La Paz (no sabías más de veinte palabras de español, fue ella la que te ayudó a sobrevivir) y son amigas desde entonces, hace más de cinco años, aunque a menudo piensas que en verdad no saben nada la una de la otra. No se ha casado todavía y está cada vez más gorda y no le importa y se emociona ante la perspectiva de iniciar juntas un proyecto como este. Tu suegra y sus amigas son expertas en asuntos de beneficencia y las guían. ¿Cómo puede ser que esas viejas miserables intenten ayudar a otra gente?, te preguntas mientras las escuchas. ¿Qué las mueve a la solidaridad, si en su vida diaria lo único que parece importarles es su propio bienestar? ¿Las apariencias nada más, algunas endurecidas de tanto estarse ahí? En las semanas siguientes se reúnen con empresarios y comerciantes y banqueros y abogados, todos alemanes o hijos de alemanes, y juntan dieciocho mil dólares, incluidos los cinco mil que dona tu marido. Te sorprende tu capacidad de convencimiento, no deja de entusiasmarte estar al mando. Gracias a tu persistencia, dos meses después el albergue empieza a funcionar. ¿Eso era hacerte adulta? ¿Tomar decisiones y responsabilizarte por lo que haces o dejas de hacer? ¿Asumir que ya no hay una familia de la que preocuparte, que lo que importa está delante de ti y no detrás? ¿A los veintiún años puedes llamarte adulta? ¿A los veintiuno puedes sentir que vivir al fin significa pertenecerte a ti misma y que todo lo que vino antes fue una especie de sueño? ¿Por qué intentar olvidarlo, si fue un sueño relativamente feliz?

Caminas por la ciudad antes o después de las reuniones con Lilota o el ingeniero que las ayuda a remodelar algunos cuartos de la vieja casona. Suelen ser caminatas de dos o tres horas (te fascinan las callecitas empinadas, los pasajes coloniales tan detenidos en el tiempo, las subidas y bajadas de La Paz: hacen que tu corazón bombee con fuerza, te recuerdan que está ahí) pero alguna vez han sido hasta cinco, como una rata en un laberinto o como una poseída o, de nuevo, como una prisionera, ya no de la casa sino de la ciudad. Te dices que eso de no poder quedarte quieta lo llevas en la sangre y, casi de inmediato, te preguntas qué otras cosas llevarás ahí. También ha empezado a pasar esto: sientes cada vez más a menudo que tu vida sí puede caber entera en una sola frase o, al menos, en unas pocas. Eres la chica guapa que ha contraído matrimonio con el señorito que apenas la conoce. Eres la ama de casa sin casa, la esposa insensible, la que se dedica a la beneficencia con una amiga de colegio para eludir la culpa y el aburrimiento y los viajes frecuentes de su marido (¿va directo a las minas o tiene una vida secreta, una vida que explicaría su incapacidad y su abulia?). Eres la muchachita a la que los empresarios se empeñan en seducir, la hermana desenvuelta que de tarde en tarde ve a una de sus hermanas y que ha perdido contacto

con la otra, con la que en verdad nunca se llevó bien. Eres la hija sin madre y la que recuerda todo el tiempo a su padre, la mitad de esas veces odiándolo profundamente y la otra mitad admirándolo y amándolo sin intermitencias ni condiciones. Eres la que habla con los indigentes que van apareciendo en el albergue, la que se interesa por lo que tienen que decir, la que se abruma con sus historias, aunque suelen ser más bien silenciosos, mujeres y hombres que desaparecen tan sigilosamente como llegaron. Eres la que permanece una extraña ante sí misma. La ex depresiva, la casi boliviana. A todas luces se trata de una suma lamentable.

En uno de los almuerzos dominicales en el club alemán sucede algo que al fin resquebraja el tedio: aparece Reinhard, el hermano perdido de tu marido. Tienen un aire de familia evidente pero sus rasgos son más delicados y hay algo casi juvenil en sus gestos que lo vuelve aún más atractivo. Al principio todos lo tratan cordialmente, hacen como si lo vieran cada fin de semana. Tu marido te presenta. Mi mujer, lo oyes decir y odias la manera en la que esas palabras te reducen. Le estrechas la mano, dices tu nombre. Es una situación extraña y lo es sobre todo debido a que no ha asistido a la boda, no sabes si porque no fue invitado o porque no le dio la gana. Tu marido nunca habla de él. Ya habrá ocasión, te dijo cuando le preguntaste por qué no lo habías conocido. No hiciste más preguntas, no te gustaba cuando él te las hacía a ti. Durante el almuerzo la conversación se pone tensa apenas empiezan a hablar de política. Reinhard es crítico con el MNR y su revolución. Dice que darles tierras a los indios no basta y que dejarlos votar menos aún (¿votar por quién?, pregunta cuando tu marido lo confronta, ¿votar por cuál de los blanquitos explotadores?). Dice que Bolivia necesita menos paternalismo, un verdadero enfrentamiento de clases. Dice que se está gestando, que los presentes se agarren de sus asientos y de sus billeteras y empiecen a temblar. Nunca antes habías escuchado a nadie hablar así, sus palabras te perturban. Sientes un fuerte mareo y en la mesa lo asumen como señal de que al fin estás embarazada. Sabes que no puedes estarlo pero no los contradices. Quiero volver a casa, te limitas a responder. En el auto tu marido no deja de quejarse. Qué fácil ser comunista cuando tu familia tiene plata, dice, claro que así es fácil, así quién no. Sobre tu malestar no dice una sola palabra.

Tres días después, alto y flaco, enérgico, hermoso, tu cuñado aparece en la vieja casona. El tema había salido a relucir en la discusión, su madre insistía que esa era la manera de hacer algo, haciéndolo y no hablando sobre la necesidad de hacerlo. Hay gente que sí hace cosas por los otros, había dicho su madre y te había puesto de ejemplo y se había puesto de ejemplo a sí misma. Mientras avanza en sus estudios, Reinhard trabaja a medio tiempo en un hospital que está a unas cuadras del albergue y quiere que sepas que pueden contar con él para lo que sea, ahora o más

adelante. No hay desafío en su actitud, hay ganas de ayudar. Repite que se lo cuentes a su hermano y a sus padres si eso te hace sentir mejor. Le preguntas si le gustaría dar una vuelta por las instalaciones y acepta con una curiosidad que nunca percibiste en tu marido. Mientras vas contándole sobre el proyecto notas que te enorgullece lo que han logrado hasta ahora, que sientes ilusión por lo que todavía queda por hacer. Reinhard escucha atentamente, hace preguntas. Se las hace también a los indigentes que le presentas, a uno incluso lo revisa y le dice que lo busque en el hospital, ahí podrá auscultarlo mejor. ¿Cómo es posible que sea hermano de su hermano?, te preguntas, ¿cómo es posible que no reconozcas al uno en el otro? Media hora después se despide dándote la mano, no con el beso que hubieras esperado, el beso que esperabas, el beso que se dan todos en este país.

Poco después recibes una carta de tu padre desde Berlín Oeste. Sigue molesto por el hecho de que te hayas casado sin su consentimiento. Ya no son épocas para casarse tan joven, escribe con una caligrafía desordenada que delata su furia. ¿Dónde quedó la aventurera?, pregunta, Monika (y cuánto te duele que se dirija a ti por tu nombre), ¿dónde ocultaste a la persona que tan orgulloso lo hizo?, ¿dónde dejaste a la mujer que podía haber conquistado el mundo, la que estaba destinada a lograr cosas importantes?, ¿qué hiciste con la mejor dotada de sus hijas? Esperaba más de ti, pone como despedida y tú lees la frase varias veces, convenciéndote de que realmente está ahí, en el papel. Respondes con unas pocas líneas, diciéndole que los padres fantasma no tienen voz ni voto en el destino de sus hijas y que eso es lo que él siempre fue y que si no tiene ni la menor idea de nada mejor se calle. Son apenas las diez y media de la noche y tu marido duerme a tu lado, en la madrugada partirá una vez más a las minas. Llevan viviendo juntos medio año y siguen siendo extraños y ninguno de los dos parece capaz de remediarlo, la promesa de una vida diferente sigue siendo una promesa nada más. ¿Lo piensas influenciada por tu padre? Minutos después, rompes su carta y la tuya y las botas. De nuevo en cama, como suele sucederte, te quedas pensando en la expedición. Piensas también en tu madre, en lo cruel que fue con ella, en los chismes sobre él y Burgl, en la traición de él y Burgl, y todo eso te devuelve al lado del odio. ¿Ya eran amantes cuando la conociste? ¿Puedes recordar algunas señales que retrospectivamente delaten su amorío? Les das vueltas a los recuerdos que conservas y no llegas a nada, pero la sola posibilidad de la ignorancia, la credulidad aborrecible que te impidió ver más allá de lo aparente, te enfurecen más que todo lo que quizá venía sucediendo. Podrías releer los diarios, ver las fotos con más atención. Fue un tiempo decisivo, el de la selva. No encontraron nada, nunca llegaron a Paitití, pero al mismo tiempo encontraron demasiado, cada uno por cuenta propia. Sin ir lejos tu padre encontró a Burgl y Heidi a Rudi. ¿Tú qué? Horas después, con la pregunta rondándote todavía, ¿tú qué?, ¿tú

qué?, ¿tú qué?, oyes a tu marido despertar. Cierras los ojos y permaneces quieta, como si durmieras, hasta que él toma una ducha, se alista y se va.

EN EL JARDÍN

Los sesenta fueron extraños desde el principio, extraños y difíciles y por entonces, cuando comenzaron, yo fumaba al menos dos cajetillas diarias.

Fumaba porque estaba ansiosa o aburrida.

Fumaba antes de las comidas y después, al dormirme y al despertar.

Fumaba porque mi idea de la felicidad era fumar, echada o sentada o de pie, quieta o caminando, aunque lo cierto es que a mí caminar no me gustaba. La que sí lo disfrutaba era Monika y en eso (y solo en eso) la veía parecida a mamá, que también aprovechaba cualquier excusa para recorrer la ciudad.

Por lo demás, a principios de los sesenta mamá llevaba muerta cerca de dos años, de un cáncer que hacia el final le provocó tanto dolor que en más de una ocasión pidió que por favor la hiciéramos morir. Háganme morir, repetía de dormida o de despierta, los pulmones y las vértebras y el hígado llenos de tumores, grandes y pequeños, hagan que me muera de una vez.

Fue una tontera pensar que aquí sería mejor, me dijo una tarde, mientras la morfina empezaba a hacerle efecto. No entendí bien a qué se refería pero preferí no indagar. Estábamos solas en el cuarto de hospital donde pasó sus últimas semanas.

Ahí solía pedirme que la hiciera fumar y yo la hacía fumar y fumaba a su lado. Mamá se moría y fumábamos juntas.

Luego abría las ventanas y la perfumaba, para que las enfermeras no se dieran cuenta. Se daban cuenta pero no decían nada.

Monika y Heidi aparecían a menudo. Ellas soportaban menos el espectáculo, así que no eran visitas largas.

Juntas lográbamos hacer reír a mamá.

Juntas lográbamos olvidar por qué estábamos en ese cuarto.

No importa. Importa 1960, el inicio de una nueva década que esta vez me tocaría atravesar a solas. Por entonces me empeñaba en recordar el rostro de mamá y no podía. A veces la veía en sueños. Aparecía idéntica a mí.

Supongo que yo era su continuación más visible.

En el miedo a los insectos.

En el terror a la risa de los hombres.

En la necesidad constante de fumar, aunque ya no los Astoria que a ella le encantaban y que a

mí me provocaban escozor en la garganta.

Si no tenía un cigarrillo entre los dedos, un cigarrillo que pudiera acercarme a la boca de rato en rato, sentía desamparo.

Me encogía.

Me volvía aún más fea.

Por eso fumaba. Y para ocupar el lugar de mamá durante esos cigarrillos, porque era mientras fumaba cuando era más ella.

Apenas regresó de una larga estadía en Europa, meses después de que enterramos a mamá, papá compró tierras cerca de Concepción, en la zona oriental del país, y se largó ahí con la tal Burgl a construir una hacienda. Heidi, a su vez, hizo el viaje inverso, se fue de nuestras vidas, volvió a Munich.

Yo acababa de graduarme y vivía sola en nuestra casa de La Paz. Me había dado unos meses de pausa.

Nunca había tenido novio.

Tenía amigas, aunque en realidad no las tenía.

Tenía hermanas, aunque en realidad quizá tampoco las tenía.

A Heidi menos aún, sobre todo desde que se juntó con Rudi y tuvieron su primera hija. Insistía que los fuera a visitar, que los acompañara un par de meses. Podía cuidar a su niña, ellos estarían felices de pagarme un buen sueldo, en poco más de un año habían consolidado su tienda de artículos deportivos.

En abril de 1960 ayudé a Monika en una colecta de dinero para el albergue. Poco después me puse a trabajar ahí por las mañanas. El marido de Monika me ofreció trabajar en la importadora de sus padres por las tardes. Empecé a hacerlo en un puesto que varios años atrás había ocupado mamá.

Las huelgas se sucedieron una tras otra a mediados de año y hubo enfrentamientos armados en algunas minas de Potosí. Era Monika la que me mantenía al tanto. Ella celebraba la coyuntura, decía que la violencia a veces era necesaria para llegar a algo mejor. Llevaba un tiempo acompañando a su cuñado a las reuniones de su grupo (se habían vuelto amigos, él aparecía a menudo en el albergue) y ahí aprendía esas cosas que luego repetía una y otra vez.

No vamos a quedarnos con los brazos cruzados, decía, tenemos una responsabilidad moral, hay que desmontar esta maquinaria horrible.

Mis hermanas se estaban transformando, eso sentía todo el tiempo. Lo sentí aún más en septiembre de ese mismo año, cuando ambas anunciaron que estaban embarazadas, Heidi por segunda vez.

Me hizo jurar que la ayudaría cuando su bebé naciera y yo empecé a pensar que no estaba mal tener un viaje pendiente. No estaba mal, después de meses de trabajo duro, saber que quizá volvería a Munich y que recibiría cama y comida y sueldo por cuidar a mis sobrinos, algo que hubiera hecho feliz sin cobrar un peso.

Por esos mismos días papá me pidió que me trasladara al apartamentito al fondo del jardín. Necesitaba plata y quería alquilar la casa para terminar de construir Dolorosa, su hacienda. Monika me ayudó, así como yo la había ayudado años atrás.

Cargamos juntas unos cuantos muebles y tres o cuatro cajas.

Era todo lo que tenía en la vida.

Yo tengo menos, dijo ella.

No es cierto, dije yo, y además tendrás un hijo.

Nos habíamos puesto a fumar a manera de descanso.

Hubo un tiempo en el que mi hermana me confiaba su intimidad, en el que me contaba cosas. Ahora era cada vez más difícil saber qué pensaba, qué sentía. Lo único evidente era que no tenía un matrimonio feliz, por eso también había sido tan sorprendente su embarazo.

¿Cómo va todo?, pregunté para salvarnos del silencio.

Monika sonrió y dijo que bien. Intenté encontrar algo de mamá en esa sonrisa y no pude. Mamá podía estar en todas partes pero no en esa sonrisa.

¿Ya tiene nombre?, pregunté.

Apenas estoy de dos meses y medio, dijo ella.

Igual, dije.

No, todavía no.

Deberías empezar a buscar uno.

Trixi, dijo, no estaría mal que se llame como su tía Trixi, si es niña.

Lo decía en broma pero yo respondí en serio.

En ese caso debería llamarse Aurelia, dije.

Lo más probable es que sea niña.

¿Por?

Porque somos una familia de mujeres.

Uf, dije.

Sí, exacto, dijo Monika.

Era un momento cualquiera, una tarde más, pero supe de pronto que una vida se acababa con mi traslado, y que otra comenzaba, al menos para mí. Fue una certidumbre fugaz que al mismo tiempo me puso inquieta y feliz. Ya no somos extranjeras, recuerdo que pensé también, tenemos un pasado aquí y ya no lo somos.

Le ofrecí la cajetilla.

Monika sacó un nuevo cigarrillo y lo encendió. Yo hice lo mismo.

Fumamos calladas, mirando el jardín donde habían sucedido buena parte de nuestros últimos seis o siete años.

Dos semanas más tarde, a los tres meses de embarazo, ella sufrió un aborto espontáneo. Los sesenta, el principio de los sesenta, fue eso más que nada: la muerte del bebé de Monika. Quiero creer que lo que sucedió luego no hubiera sucedido de haberse vuelto madre. Quiero creer que las dosis de horror hubieran sido bastante menores si ese bebé no se moría dentro suyo.

Es, en cualquier caso, un pensamiento inútil, una simple suposición.

LOS MUERTOS

Mi comadre me ha hablado de ustedes, les dijo el anciano la primera tarde de diciembre de 1967, mientras los alimentaba en la sala de su casita, sé que esos no son sus nombres, sé quiénes son, ya todos saben. Dijo: mi comadre es maestra de escuela en la ciudad, me ha insistido que hay que ayudarlos, que por nosotros están peleando. Ellos lo oían en silencio. Los cincuenta mil pesos que ofrecía Barrientos por sus cabezas le cambiarían la vida a cualquiera, sabían que sería fácil tenderles una trampa. Pueden quedarse aquí, necesitan recuperarse, dijo el anciano. Tenía unos setenta, la gente del campo moría antes. Morían de cualquier cosa, morían sin saber de qué morían. Con mi nieta los vamos a ayudar, dijo.

Por la noche discutieron la situación. Ninguno de los cinco puso en duda sus buenas intenciones ni la ubicación favorable de su casita.

Estuvieron de acuerdo en quedarse.

Dos noches después Inti soñó que al menos cien militares los rodeaban. Cavemos un túnel, decía Benigno, esa gente nos va a liquidar. Yo me llevo conmigo a veinte, decía Urbano. Los militares tenían morteros y ametralladoras y entre ellos estaba Barrientos, que gritó algo en quechua. Dice que contará hasta diez antes de abrir fuego, tradujo Darío con una apacibilidad inaudita, dice que lo dice con su palabra de máximo líder de la honorable República de Bolivia. Inti no entendía cómo había logrado traicionarlos el anciano si nunca se iba de la casita. Se lo preguntaba cuando oyó las primeras ráfagas. Sus propios gritos lo despertaron.

Darío ayudaba a la nieta a pelar papas. Ambos lo miraron y, cuchillo en mano, él le dijo que harían una sopa de maní que no olvidaría en años. A su lado, la muchacha se rió. Los cubanos estaban afuera, Urbano y Pombo ayudaban al anciano con el arado de una chacra, Benigno hacía guardia. Inti se quedó viéndolos a la distancia, ninguno se dio cuenta de su presencia. Ya eran las siete de la mañana. Por qué no me despertaste, le recriminó a Darío apenas volvió a la casita. Necesitas descansar, respondió el otro. Con el cabello corto y sin la barba había perdido varios años. Era extraño verlo así, verlos así a todos: hombres que en la calle se confundirían fácilmente con otros hombres, a pesar de lo demacrados que estaban. Habían pasado meses de hambruna y guerra y era visible. Habían perdido demasiado y era visible. Ahora volvían a la vida y el terror solo sucedía del otro lado de las cosas. Inti tenía las mismas pesadillas desde hacía meses y eran

sus gritos los que siempre lo despertaban, justo antes de que se desatara la violencia. Buscó su diario, quería dejar constancia de esos tiempos de inmovilidad en los que la guerra seguía sucediendo, la guerra entre los vivos y los muertos pero sobre todo entre los vivos.

En una casita habitada por cinco hombres, un anciano y su nieta, lo que predominaba era el silencio. Inti, el más callado de ellos, lo agradecía.

Los vecinos más cercanos vivían a siete kilómetros. ¿El pueblo a cuánto está?, preguntó Pombo una de las primeras noches. A doce, dijo el anciano, por ahí pasa la carretera a Santa Cruz. Debe estar llena de milicos, dijo Benigno, tenemos que salir por el campo. Los indios no están con nosotros, dijo Urbano. ¿Entonces qué?, lo confrontó Benigno. Les había tomado semanas romper el cerco que les tendieron en la Higuera. Eran nueve cuando se replegaron, los últimos nueve, pero hubo cuatro bajas en la huida. Fue Inti el que la lideró, ahora no decía nada. Un poco más allá la nieta tejía sin dejar de mirarlos. A Urbano y Pombo les costaba aceptar el mando de un boliviano, uno que además casi no hablaba, pero sabían que debían subordinarse. Sigamos discutiendo mañana, intervino Inti al fin, es tarde ya.

Una hora después permanecía despierto. El coro disonante de respiraciones y ronquidos pasaba desapercibido en el monte, en un espacio tan chico era una molestia. Para intentar adormecerse, rodeado de una oscuridad impenetrable, recordaba a su hermano Coco en el Mamoré. Su primer trabajo había sido cazando caimanes. Todo parecía promisorio en esa época: los dos estaban dispuestos a llegar lejos, a ser hombres de bien. Pensó en la felicidad del río, en la risa explosiva de Coco. Dos años más tarde, ya en La Paz, se unieron al sindicato de la fábrica donde trabajaban, y no mucho después al partido. Quería adormecerse imaginando que uno de los ronquidos le pertenecía, que al día siguiente estaría ahí cuando él despertara. A la medianoche aceptó que era inútil seguir intentando.

Salió sin hacer ruido y llegó pronto al puesto de guardia. Darío fumaba, se sentó a su lado. Al rato, cuando empezó a cabecear, Inti le ofreció que se fuera a descansar. Ya te debo no sé cuántas, dijo Darío. No me debes nada, respondió Inti. El frío lo hacía sentirse más vivo. Estar afuera, sin nadie, también.

Había empezado a intuir un plan, las horas siguientes le servirían para definir los pormenores. Por primera vez en meses era capaz de imaginarse lejos de ahí. Ya estaban menos débiles, menos agotados, menos muertos, y pronto recordarían todo eso como parte de un sueño, se dijo. Un sueño infernal del que habrían logrado huir.

Dos semanas después había a su alrededor bocinas de autos y voces que se confundían unas sobre

otras y música en los parlantes de las tiendas. Había olor a tripitas fritas y a pasteles y api. Había caos.

Inti y Pombo estaban solos, los demás aguardaban en la casita del anciano. Ya tendrían que coordinar su rescate, por ahora debían concentrarse en ponerse a salvo. Los dos vestían como indios, con ojotas y ponchos y chulos. Inti le dijo a su compañero que evitara llamar la atención antes de internarse él solo en las entrañas del mercado. Esas eran las cosas que Coco ya nunca vería, pensaba mientras se escabullía por los pasillos infestados de gente. Las vendedoras le decían que le harían rebaja, que mirara sin compromiso. Vení casero, le decían, tenemos perfumes, relojes, adornos, todo lo que necesitas hay aquí. El mundo había seguido funcionando y era abrumador constatarlo. Caminaba rápido, sin mirar a nadie pero preguntándose qué haría si alguien lo reconocía. Llevaba cincuenta horas despierto. Como en los peores momentos, la adrenalina le permitía seguir.

En un descampado se cambiaron y enterraron sus armas y la ropa que ya no necesitaban, luego entraron a un restaurante y se turnaron para usar el baño. Todo se sentía raro: cagar sentados en la taza, sorprenderse al otro lado del espejo, el sabor punzante del dentífrico, el frío de la navaja contra la piel. Muertos que regresaban del otro lado, eso eran. Muertos que ya no le temían a la muerte.

Después de desayunar, buscaron una oficina del Lloyd y compraron pasajes para Cochabamba. Las carreteras estaban tomadas pero el aire seguramente no. Cuatro horas más tarde abordaron un avión donde también viajaban algunos militares. Ocuparon asientos distantes, simulaban dormir. Sin armas se sentían desprotegidos. Sin monte a su alrededor se sentían el blanco más fácil del mundo. Nadie les prestó ninguna atención.

Inti llamó a un antiguo compañero del partido desde una cabina pública en la Aroma, Pombo lo esperaba parado en la esquina contraria, quieto delante de una vitrina que lo ayudaba a estar atento. Nadie contestaba, probó con el número de otro compañero. Una niña lo saludó, él preguntó por su padre. No está, dijo la niña, ¿de parte de quién? ¿Y tu mamá?, dijo Inti, intentando no perder la calma, mirando de reojo hacia la calle, a lo lejos Pombo se restregaba los ojos, no sabía si verlo lo tranquilizaba o lo contrario, su piel oscura lo hacía sobresalir. ¿De parte de quién?, volvió a preguntar la niña. De Manuel Silva, dijo Inti y unos segundos después escuchó la voz de la mujer. ¿Ya saliste del hospital?, preguntó. Sí, dijo, acabo de salir, me gustaría visitarlos. Mi marido no está, dijo ella, llama a las seis, a esa hora vuelve del trabajo. Bueno, dijo él y colgó y empezó a caminar sabiendo que Pombo lo seguía por la acera opuesta.

Había movimiento, decenas de personas que los ayudaban a disimularse. Debían mantener la calma, los militares los pensaban todavía en el monte. No estaban equivocados del todo, ahí

seguían Urbano y Benigno y Darío. Después de varias cuadras, Inti se detuvo en otra cabina. Marcó de nuevo el primer número. Al quinto timbre oyó la voz de su antiguo compañero. Soy Manuel Silva, dijo. El otro se quedó callado varios segundos. ¿Manuel quién?, preguntó al fin. Manuel Silva, acabo de salir del hospital, dijo Inti, me operaron de las amígdalas, no fue grave. El otro no decía nada. Me gustaría visitarte, dijo él.

Al mes y medio, gracias a la colaboración directa del Partido Socialista de Chile, los tres cubanos regresaron a su país y fueron recibidos como héroes. Por su parte, después de darse cuenta de que podría ser feliz ahí, Darío decidió quedarse a vivir con el anciano y su nieta. Ahora le tocaba salir a Inti.

El tramo final prometía ser duro, pero ya se sentía igual de fuerte que al principio y no lo temía. Junto a dos estudiantes que también estaban siendo perseguidos, llegó en auto a las estribaciones de la cordillera y se internó en los Andes a pie. Debido al terreno cubierto de nieve, muy pronto se perdieron. Los otros dos cayeron rendidos tres horas después, se les habían empezado a congelar las extremidades. Inti los obligaba a seguir. Ánimo, mierda, gritaba. Ya casi estamos, gritaba, dirigiéndose más a sí mismo que a los otros dos.

Cuando llegaron a la primera población salieron a su encuentro varios militantes chilenos. Estaban mejor organizados que en Bolivia y los trasladaron ese mismo día a Santiago. Los dos estudiantes tuvieron que ser hospitalizados de urgencia, ambos perdieron varios dedos de los pies.

En las semanas siguientes Inti estuvo en Praga y Moscú. Finalmente, a mediados de junio, ocho meses exactos después de la muerte del Che y diecinueve de haberse internado en el monte a su lado, llegó a La Habana.

Desde ahí se reorganizarían.

La lucha recién comenzaba.

REINHARD

Sí, en agosto de 1964 me fui a hacer mi especialidad en cirugía a Friburgo, donde conseguí una buena beca. Algunos lo asumieron como una traición, pero tenía pocas opciones y esa era sin duda la mejor. // Sí, casi de inmediato empecé a llevar una doble vida. Durante el día iba al hospital y cumplía con mis obligaciones. Era un programa riguroso, sobre todo en relación con las cirugías mismas. La muerte se había vuelto algo de todos los días, en promedio una de cada cuatro salía mal. Mi otra vida sucedía apenas volvía a mi apartamento y dependía en gran medida de las noticias que recibía de La Paz, ciudad que echaba de menos y a la que no sabía si volvería o no. // Sí, no comentaba con nadie lo que me contaban los amigos en sus cartas. En más de una de las tuyas, Monika me pedía que tradujera alguna proclama. Yo lo hacía por las noches, a esas alturas más por lealtad a ella que por verdadera convicción. Luego, como había sido instruido, enviaba las traducciones a los miembros de una comuna que mantenía lazos estrechos con Latinoamérica. No eran traducciones firmadas. // Sí, cogía de vez en cuando con enfermeras del hospital, con la hermana de un paciente, con mujeres que conocía en bares, incluso creí enamorarme de una, pero no exagero si digo que a fin de cuentas seguía siendo Monika a quien más encontraba en mis pensamientos. Tenía veintiséis y luego, demasiado pronto, cumplí veintisiete y veintiocho y veintinueve, y por medio del sexo me aferraba a lo que ya no era mío. En la intimidad con esas mujeres volvía a sentirme a salvo, pero luego de unas horas invariablemente les pedía que se fueran. Cómo era posible que alguien que nunca me perteneció reapareciera todo el tiempo no lo sé, pero Monika siempre estaba presente, mirándome coger con otras mujeres, juzgando mi cariño de mentira, evaluando mi deseo y la satisfacción o insatisfacción de ese deseo. A todas las comparaba con ella y ninguna salía bien librada. Solo el whisky que me había acostumbrado a tomar cada noche me ayudaba a recobrar cierta calma. // Sí, en ese tiempo surgieron focos revolucionarios en varios países latinoamericanos, en Argentina y Colombia, en Venezuela y Perú, pero ninguno prosperó. Después de que la guerrilla fracasara en Bolivia y todo se fuera al carajo, las noticias que me llegaban fueron cada vez más desoladoras. Supe que el ministro Toto Quintanilla ordenó que le amputaran las manos al Che, para mandarlas a Cuba como prueba de su muerte, y que esa había sido una violencia imperdonable para sus seguidores. Supe que cuatro de los guerrilleros que habían peleado junto a él lograron escapar y que hubo otro que se quedó en el monte, porque se enamoró de una india. Supe que un tiempo después ajusticiaron de mala manera a ambos y al abuelo de la chica, que estaba embarazada de seis meses. Supe que Barrientos murió

en un atentado a su helicóptero y que Inti, el único de los bolivianos que finalmente había sobrevivido, intentaba rearticular los cuadros de regreso en La Paz. Supe que Monika ahora trabajaba de cerca con él. A punto de recibir mi título y aceptar un trabajo en el mismo hospital donde hice mi especialidad (La Paz tendría que esperar, no era un buen momento para volver), supe por último que ella viajaría por Europa durante algunas semanas y que quería verme. // Sí, fue difícil reconocerla. Llevaba el pelo corto y los rasgos se le habían endurecido, pero el cambio más significativo sucedió quizá en su forma de mirar, sus ojos habían perdido calidez. Caminamos hacia un restaurante que me gustaba, forzándonos a hablar de cualquier cosa y recordando a algunos amigos comunes. Era lo de siempre: a unos les había ido bien, a otros no. Le pregunté si iría a visitar a Heidi a Munich. Respondió que hacía años que no hablaban (es mejor así, dijo, y yo no pude evitar pensar en mi hermano y en mis padres), que ni siquiera sabía que estaba ahí, que nadie más sabía. // Sí, mientras cenábamos Monika se rehusó a tomar una sola gota de alcohol y en todo momento me pareció más atenta a lo que nos rodeaba que a mí o a nuestra charla. Miraba pero también oía, seguramente rastreando señales de peligro. No las había, al menos no que yo pudiera percibir. // Sí, gente importante estaba involucrada en la lucha, según me contó cuando volvíamos a mi apartamento. Sin ir lejos, al otro lado de la frontera ella encontraría unos días después a Feltrinelli, el editor italiano. Qué fácil ser de los que solo ponen la plata, recuerdo que pensé, qué fácil no tener que poner el cuerpo también. // Sí, en mi sala se relajó un poco y la Monika que yo conocía emergió intermitentemente. Llevaba años recordando a esa mujer. Nunca había dejado de acompañarme, esa mujer. A partir de algunos detalles sueltos supe cuán imprescindible era para el Ejército de Liberación Nacional, que unos años atrás había fundado el Che y que ahora lideraba Inti. Supe que amaba a este último (diez veces más de lo que me había querido a mí alguna vez, me dije al oírla, mil veces o un millón de veces más) y que sentía que al fin había encontrado un lugar en el mundo, una misión que le daba sentido a su vida. Supe que los años no habían pasado en vano y que había dejado de ser la jovencita bienintencionada para convertirse en la militante de hierro que ahora viajaba por Europa visitando comunas y recolectando fondos. Supe, era imposible no saberlo, que ahora sí me había quedado fuera y que desde ahí daba miedo mirar. // Sí, a pesar de todo, a esas alturas de la noche lo hubiera dado todo por desnudar a Monika, por morderle los pezones y lamerla entera, pero me daba cuenta de lo que éramos y de lo que ya no éramos y ni siquiera insinué la posibilidad. Cerca de las tres ella se quedó dormida. La cubrí con una manta y me fui a mi cuarto. La mujer a la que más había amado en mi vida, esa mujer cuyo recuerdo llevaba atormentándome años, la que me había ensuciado por dentro para siempre, dormía en el sillón de mi sala y era una desconocida. // Sí, cuando desperté, ya no estaba ahí. Se había ido sin despedirse. // Sí, por supuesto: nunca la volví a ver.

NUESTROS AMORES

A ninguna de las hermanas le fue demasiado bien en el amor. Eso podría decirse, eso me digo yo. A la larga, a ninguna le fue bien.

Ni siquiera a Heidi. Ella y Rudi tuvieron cuatro hijos y su tienda prosperó tanto que abrieron varias sucursales y todo pareció perfecto o casi perfecto durante unos diez años, pero luego él se aburría. Para ellos debió ser un cambio paulatino, para mí fue como un baldazo de agua fría. Rudi le dijo que quería emprender nuevas aventuras y que despreciaba tanto confort. Ella le dijo que hiciera lo que le diera la gana pero que se lo pensara bien porque no habría vuelta atrás.

Me lo contó Heidi en alguna carta. Decía que todavía lo quería, a pesar de algunas infidelidades que había ido descubriendo (no le importaban, el sexo era lo de menos), pero que no estaba dispuesta a reproducir la vida de mamá.

Decía que no temía quedarse sola, con cuatro hijos eso ya nunca sería posible. Decía también, sin embargo, que había días en los que la vida le resultaba excesiva y que era triste que nosotras estuviéramos tan lejos.

Yo había vivido con ellos unos meses y en esa época llevaban una vida que envidié. Heidi se veía radiante, lo mejor de ella salía a relucir en compañía de sus hijos y de su marido. Oírla reír tanto fue incluso extraño al principio.

Ustedes no se dan cuenta de quién tienen de padre, me dijo Rudi una noche mientras mi hermana acostaba a los niños.

A qué te refieres, dije yo.

No se dan cuenta de nada, repitió él.

Me quedé callada.

Es un gran hombre, dijo, uno de los mejores fotógrafos que haya dado este país, un explorador de primerísimo nivel.

Pero nunca fue un padre ejemplar, dije. Ni un buen esposo.

Eso no puedes saberlo tú, dijo Rudi.

Podía saberlo mejor que nadie. Recordaba la espera sin fin de mamá, sus ilusiones tambaleantes, su decepción final. No voy a ser injusta: también la recordaba en la placidez que hubo antes y en los días buenos, y recordaba entonces su español chapucero y me mataba de la risa, donde sea que estuviera.

Ahí mismo, por ejemplo, enfrente de Rudi, en la sala de su casa.

¿Qué?, preguntó él.

Nada, dije.

Cuando volvió Heidi se sentó en sus faldas y yo volví a envidiarla, a envidiarlos a los dos. Pero unos años después él se aburrió.

Quieres que les vaya bien a tus hermanas y no siempre sucede.

Quieres que te vaya bien a ti misma y casi nunca es posible.

Con excepción de mis abuelos, que ahora vivían en el campo y a los que visité varias veces durante mi estadía, no conocía a nadie en Munich. La ciudad era un museo en movimiento, un lugar que no dejaba de maravillarme, pero el entusiasmo duró semanas. Después empecé a extrañar el desorden de La Paz, mi vida allá.

Era una vida sencilla, lo fue durante años, sobre todo al regresar de esos meses cuidando a los niños de Rudi y Heidi, que por entonces eran solo dos.

Trabajaba.

En el albergue, antes de que lo cerraran.

Y en la importadora, aunque dejé el puesto cuando la relación de Monika y Hans se deterioró en serio. Al final, un final demasiado largo para una relación tan de mentira, ni siquiera dormían en el mismo cuarto.

Ella ahora pertenecía a algún tipo de agrupación y a partir de cierto momento solo hablaba de eso. Quería contagiarme pero a mí la política me importaba poco. Me importaba poco porque mis esfuerzos por sobrevivir consumían mis energías. Monika seguía casada con Hans y, aunque estuvieran mal, no tenía esa preocupación.

Pero hablaba de Heidi y Rudi. Él terminó yéndose a vivir con una keniana veinteañera, lo de las nuevas expediciones se fue a pique luego de un primer intento desastroso. Supongo que se dio cuenta de que el sexo y el amor eran el único tipo de aventuras que todavía podía emprender.

Heidi se quedó con la casa y dos sucursales de la tienda y le siguió yendo bien. Tanto que de vez en cuando me enviaba cheques de regalo.

Al parecer también se los enviaba a papá. Por esos días él me propuso que dejara temporalmente mis trabajos para acompañarlo en una nueva expedición. Quería atravesar Latinoamérica haciendo un documental. Necesitaba que yo manejara una Kombi que alquilaría y, por hacerlo, me pagaría bastante más de lo que ganaba. Me pagaría con plata de Heidi, que había aceptado financiar el chiste.

Pero ¿de qué será el documental?, pregunté.

De nosotros viajando por Latinoamérica, dijo.

Yo preferiría no salir, dije.

Entonces no sales, dijo.

¿Por qué no va Burgl?, pregunté.

Aprovechará para visitar a su familia, respondió.

No soy buena manejando, dije.

Hablábamos por teléfono, llamaba desde Concepción. Vivía cerca de ahí, en Dolorosa, la hacienda que había construido.

Es lo de menos, dijo, y ya deja de poner excusas.

Al mes partimos. Tres semanas más tarde tuvimos un accidente cruzando un río y papá perdió todo el material que había filmado y yo me fracturé una pierna. Fue el final de su carrera cinematográfica, después de ese día no quiso volver a filmar ni tampoco a sacar fotos. Dijo que asumía el accidente como una señal y que a las señales había que hacerles caso, que así había sido toda su vida, que no había nada que lamentar. Por un tiempo yo me negué a hablarle.

Éramos incapaces de tener conversaciones verdaderas, pero además no me dejaba fumar en su delante y eso me enfermaba. Llevaba mucho tiempo sin depender de él, saber estar sola era mi mayor logro.

En cualquier caso, hacia fines de los sesenta Heidi tenía cuatro hijos y era una mujer abandonada, yo no había conocido a nadie y, al fin desentendida de su marido, Monika terminó en una situación aún peor. Según oí, ahora convivía con un guerrillero al que nunca me presentó, un guerrillero al que varios meses después de que me enterara de su amorío encontré en la portada de un periódico, en una foto inmensa y más bien triste. Aunque no sabía mucho sobre él, me di cuenta en segundos de quién se trataba. Reconocí su nombre, lo recordé de alguna conversación. Ese había sido su último y su primer amor.

En un combate encarnizado contra las fuerzas del orden, decía la noticia, explotó su propia granada antes de que lograra lanzarla, ocasionándole una muerte instantánea. Dadas las circunstancias, había sido enterrado de inmediato.

Estuve al menos diez minutos mirando la foto, era un hombre apuesto. La noticia decía que tenía hijos y esposa.

Me pregunté qué lugar habría ocupado Monika en su vida y cuánto estaría sufriendo. Encontrarla me tomó diez días.

Con verla confirmé todo.

Parecía desgarrada, nunca la había visto así.

La abracé y le dije que lo sentía.

También le dije que estaba preocupada, que ella hubiera podido estar con él cuando murió, que ya era suficiente.

Cuando lo mataron, me corrigió Monika deshaciendo el abrazo, molesta. Y como yo no dije nada, lo repitió: cuando lo mataron, Trixi.

En el periódico decían que su propia granada explotó, me defendí.

Le rompieron la columna de un culatazo, le reventaron la cabeza a golpes, dijo mi hermana.

Durante días, ¿entiendes? Le deshicieron el culo con un palo. Si no sabes nada mejor te callas.

Lo siento, dije.

No lo sientes, dijo ella.

Lo siento, repetí.

Semanas después partió de viaje.

Y yo diría que esa fue la última vez que la vi.

DOLOROSA

No era fácil llegar.

Desde Santa Cruz había que hacer cuatro horas por carretera hasta Concepción y, una vez ahí, al menos tres más por caminos ruinosos.

Manejaba con la radio encendida. Le dolían los hombros y el cuello, ni durmiendo lograba liberar la tensión. Por lo demás, ya no era capaz de dormir más de tres horas seguidas. Los sueños solían ser malos y a menudo despertaba gritando o llorando. A Inti le sucedía igual, eso también los había unido. Una ducha fría la ayudaba a reintegrarse al mundo. Luego hacía ejercicios, comía algo y se ponía a trabajar. Escribía mensajes, planeaba reuniones. Pensaba en nuevas formas de conseguir fondos. ¿Cuán enterado estaría su padre?

Llevaba media hora sin cruzarse con ningún otro vehículo, no habría necesidad de usar los papeles falsos esta vez. Pensó en las bajas de la semana anterior. Interceptaron a Warmi, Miguel y Juan en Cochabamba y se desató una refriega, hasta que a ella se le acabaron las balas. Juan había logrado escapar, Warmi le pidió a Miguel que la matara antes de que los milicos los hicieran mierda. Sabiendo que tenía razón, él apuntó hacia el corazón de ella y disparó. Cuando ya los oía en el pasillo también disparó hacia sí mismo. Lo contó a la prensa al día siguiente, no había logrado morir. Monika no entendía qué buscaban permitiéndole declaraciones como esas. ¿Mostrar el salvajismo de los extremistas? Ella era venezolana entrenada en la RDA, él uruguayo. Juan, por su parte, apareció muerto dos días después. Dijeron que se había suicidado, no quería imaginar lo que le habrían hecho antes de matarlo ni cuánto lo hicieron hablar, tampoco cuánto harían hablar a Miguel.

Había delatores, solo así llegaron a ellos, solo así dieron con Inti once meses atrás. El enemigo a veces está más cerca de lo que imaginas. Se escabulle y se disfraza de ti mismo, de tus compañeros más leales. Era necesario aprender a detectarlo a tiempo, antes de que desencadenara nuevas matanzas. En las últimas semanas las hubo también en el otro bando: el director del periódico *Hoy* y su esposa además de un antiguo ministro de Barrientos. Dos periodistas se pusieron a comentar un partido del Bolívar y el Wilster en la radio. No dejaba de sorprenderla que el país siguiera funcionando con tanto terror acumulado.

Miró por un retrovisor y luego por el otro.

Estimaba estar ahí alrededor de la una, faltaban todavía un par de horas de viaje. No era fácil llegar, era aún más difícil de lo que había supuesto.

Todo saldrá bien, se dijo Monika. A la larga todo saldrá bien.

Su padre estaba acompañado por dos hombres. A su lado se veían diminutos, parecían niños. Se quedó en la entrada de la casa, construida en la cima de una colina, mirándolos a la distancia. Él daba instrucciones moviendo los brazos aparatosamente, los otros asentían. Limpiaban un área más o menos extensa del terreno, ahora les daba problemas un árbol que intentaban derribar.

Sería un lugar ideal. Estaba aislado y no lejos de ahí había una geografía incierta. En eso pensaba cuando él la vio. Se quedó inmóvil, convenciéndose de que era verdad lo que veía, y luego fue hacia ella dando grandes trancadas. La abrazó fuerte, instintivamente, apenas llegó.

Mantuvieron una conversación casual en la cocina (Burgl seguía en Europa, ella al fin había tramitado su divorcio, hacía mucho no veía a Trixi, él lo mismo). Al final, para evitar la incomodidad creciente, Monika se disculpó por no haberle avisado que venía y le preguntó si podía quedarse unos días. Puedes quedarte todo el tiempo que quieras, respondió su padre.

Se lo veía bien. Había cumplido sesenta y cuatro hacía poco pero parecía de bastante menos, a pesar del cabello y la barba gris. Le mostró la casa. Era espaciosa y a ella la sorprendió que estuviera tan bien cuidada. Lo que la sorprendió aún más fue ver una de las paredes del comedor recubierta de fotos viejas. Su padre nunca había sido dado a la nostalgia, rasgo que ella felizmente heredó.

¿Qué están haciendo afuera?

Una pista de aterrizaje. Despejaremos un buen trecho y luego lo aplanaremos y lo marcaremos y ya.

¿Por qué?

Hay que marcarlo porque...

No, lo interrumpió ella, ¿por qué una pista?

Hablaban en alemán, entre ellos siempre lo habían hecho.

Ah, dijo él. Empezaré a vender mis productos a una empresa exportadora. Pagan mejor pero manejan condiciones rígidas. La pista nos va a facilitar el tráfico. Y además, añadió con orgullo, algunos amigos vienen a visitarme de vez en cuando en sus avionetas. Sin ir lejos, el general tiene su hacienda no lejos de aquí.

Es coronel, lo corrigió ella. No sabía que eran amigos.

¿Ya almorzaste?

Monika negó con la cabeza.

A su lado dejaba de sentirse en control. Sus fuerzas menguaban, perdía años de un segundo a otro. A sus treinta y dos volvía a ser la adolescente, una chica que no sabía bien qué hacer consigo

misma. Tenía que procesar esa información, saber que quizá Dolorosa era menos segura de lo que había supuesto.

Lo vio salir a la terraza, gritar un nombre. Poco después apareció una mujer menuda de rasgos guaraníes que la saludó sumisamente.

Nada incomodaba más a Monika que la servidumbre. Era la servidumbre, justamente, lo que la reafirmaba en la necesidad de luchar.

¿Qué le puedes preparar a mi hija, Jacinta?

Lo que guste la señorita, don Hans.

¿Qué te apetece?, le preguntó su padre.

Cualquier cosa, respondió. Lo que sea más fácil.

Por la tarde la llevó a conocer el terreno. Tenía grandes cultivos de maíz y cientos de vacas y gallinas y cabras. Solo se cruzaron con cinco de sus trabajadores en todo el trayecto. Le preguntó si vivían ahí. Él respondió que tenían casas hacia el este. Hacia el oeste no había nada, solo vegetación salvaje que también le pertenecía, eran suyas dos mil hectáreas en total. La impresionaba que su padre hubiera logrado todo esto a solas, que se reinventara de forma tan contundente.

Caminaron durante horas, hablando apenas entre ellos. Era como estar de nuevo en la selva, lejos del mundo y de las cosas horribles que sucedían en él. Una de las fotos de la sala se le había quedado grabada en la cabeza a Monika. No la recordaba, nunca había tenido una copia. La tomaron al final de la expedición, cuando Heidi y su madre fueron a encontrarlas. Ahí estaban las tres, también Burgl y Rudi y su padre. No podía recordar las expresiones ni qué había de fondo.

Apenas regresaron, se acercó a verla con más atención. Eran exploradores pero parecían guerrilleros. Todos se veían satisfechos con excepción de su padre, que era el único que no sonreía. Lo había admirado perdidamente en ese viaje: su coraje, su voluntad, su pasión. Es una de mis fotos preferidas, lo oyó decir ahora. Se volteó y lo miró. Doce o trece años habían transcurrido desde el fin de la expedición. A veces parecían el triple, otras ni la mitad.

¿Lista para cenar?

Monika se rió.

¿Qué?, preguntó su padre.

Si acabo de almorzar, dijo ella.

Hace varias horas, dijo él.

Estoy bien.

Te ves exhausta.

Estoy bien, repitió Monika.

No me refiero a eso, dijo su padre. En general, nunca te había visto así. Jacinta ya acomodó tu cuarto, ve a descansar un rato.

Ella fue a buscar su mochila al auto y aprovechó para sacar también el revólver que tenía debajo del asiento. En el cuarto lo tapó con la almohada y se quitó las botas. Hizo algunos ejercicios antes de echarse.

Despertó siete horas después. Llevaba años sin dormir tanto, para convencerse de que realmente hubiera sucedido constató la hora varias veces en su reloj. Al rato, sin darse cuenta, volvió a quedarse dormida.

Su padre ya estaba esperándola en la mesa a las seis y media de la mañana, cuando ella salió del cuarto. Apenas la oyó llegar, Jacinta trajo de la cocina un vaso de jugo de mandarina. Le preguntó si quería avena y, después de traérsela, cómo le gustarían los huevos. Mientras desayunaban, se distrajo varias veces mirando esas dieciocho o veinte fotos que resumían sus vidas en la pared.

Anoche intenté despertarte para cenar, pero fue imposible, dijo su padre.

Se esforzaba por ser amable. Su relación siempre había tenido altibajos. Hubo épocas en las que dejaron de hablarse, cuando Monika se casó o cuando él formalizó su relación con Burgl, pero también otras de una cercanía absoluta.

Preguntó por ella.

Está bien, respondió él.

¿Siguen juntos?

Solo unos minutos después su padre dijo que no lo sabía y que Burgl llevaba cerca de tres años lejos. Se escribían cada quincena y hablaban por teléfono de vez en cuando, por ahora no tenían ningún plan de reencontrarse.

¿Tú?, preguntó.

Si iban a jugar a la intimidad, era el riesgo.

Monika pensó en Inti. Recordó los días en La Habana, cuando lo conoció. Recordó las largas caminatas que hacían juntos, las conversaciones, la ilusión. Con ella dejaba de ser el hombre callado que todos los demás veían.

Estoy sola, respondió.

Tu marido no es una mala persona pero no era para ti, dijo él. Yo supe desde el principio que ese matrimonio no funcionaría.

La presencia de Jacinta los salvó. Recogió los platos sonriendo, ajena a todo, y más un rato incluso se puso a cantar en la cocina.

Su padre tenía algunos asuntos pendientes, volverían a verse para almorzar. Quedarse sola

significaba a menudo desordenarse y, por un momento, Monika lo temió. Decidió salir a explorar el terreno más detenidamente.

¿Por aquí es tranquilo?, le preguntó a Jacinta cuando volvió.

Más tranquilo que esto no hay, dijo ella.

¿Tú vives en una de las casitas blancas?

Sí, ahí vivimos con mi familia. Majao estoy preparando, señorita, ¿le gusta?

Cómo no me va a gustar, respondió Monika.

En el cuarto quiso concentrarse pero no pudo. La ciudad y la guerra habían desaparecido en menos de un día, este parecía otro mundo. El enemigo se mete en tu cabeza, intenta convencerte de que no tiene sentido pelear, te hace creer que podrías abandonar la lucha, ignorar lo que más importa, volver a tu vida anterior. Se odió a sí misma por esos pensamientos, por la falta de seriedad.

Para defenderse, pensó en Inti, en su huida de meses, en su determinación. La noticia de la emboscada la había llenado de ira y dolor pero no se permitió un duelo prolongado. Ese mismo mes viajó a Santiago y a lo largo del año visitó varias ciudades europeas. De paso en Friburgo reencontró a Reinhard. Tenía la intención de confesarle que había estado embarazada de él pero al final prefirió no hacerlo. Le pareció un hombre derrotado, una sombra nada más.

La desesperación empezó a moverse dentro suyo. Monika no sabía cómo ahuyentarla, nunca había sabido. Buscó el libro que tenía en la mochila, al menos aprovecharía el tiempo así. Era una recopilación de ensayos y discursos del Che publicada por Rowoholt, resultaba extraño leer esos textos traducidos.

Su padre volvió al mediodía, en su español marcado lo oyó hablar con Jacinta en la sala. Ella tocó la puerta para decirle que el almuerzo estaba listo.

¿Por qué estás aquí, Monika?, le preguntó él unos días después. Hasta ese momento la caminata había sucedido en silencio. Estaba quieto y la miraba, quería una respuesta inmediata, su vieja intransigencia volvía a asomar.

Llevaban más de dos años sin verse, debía ser desconcertante para su padre. Para ella lo era, no había sido sencillo decidirse a visitarlo.

Iba a ser directa, tan directa como él.

Vine a pedirte algo, dijo.

Te escucho.

Respiró hondo y respondió que necesitaba preguntarle si permitiría que algunos de sus compañeros vivieran en Dolorosa por un tiempo.

No entiendo, dijo su padre.

No se acercarían a la casa, dijo ella, vivirían en el monte, ahí donde estaban mientras hablaban. Les urgía encontrar un lugar seguro. Nadie debía enterarse, ni siquiera sus trabajadores ni los campesinos de la zona.

¿Un lugar para qué?

Para refugiarse por un tiempo y para entrenar.

Los bolivianos siempre nos han tratado bien, la cortó él.

Esto es por los bolivianos, dijo ella. Habrá nuevas incursiones, es necesario que los guerrilleros puedan prepararse en condiciones reales.

¿Te das cuenta de lo que me estás pidiendo?

Te estoy pidiendo que ayudes a tu hija.

Las guerras se pelean en las ciudades, Monika.

En las ciudades no habría ninguna posibilidad.

¿Y en medio de la nada sí? ¿No han escarmentado ya?

Parecía mentira que su padre estuviera tan enterado, que dijera esas cosas, que ambos hubieran mantenido la calma.

Volvamos a la casa, se está haciendo tarde, dijo.

No te afectaría en nada, dijo ella.

No sé de qué hablas.

Que algunos compañeros usen tu terreno no te afectaría.

No quiero ser cómplice de su idiotez ni de su violencia ni de sus muertes, dijo él entonces, mirándola fijamente, ya con otro tono.

Había sido ingenuo esperar algo de su padre.

Volvamos a la casa, seguiremos hablando luego.

Quiero saber si es un no definitivo, dijo ella.

Ya no es tiempo para estas cosas, dijo él.

¿Eso significa no?

Hablaremos luego, volvamos a la casa.

Media hora después estaban gritándose en la sala. Lacayo de los poderosos, fascista asqueroso, fue lo último que dijo Monika antes de ir al cuarto a coger las llaves y la mochila y el revólver y de salir sin despedirse.

Esos minutos lo acompañarían a él por el resto de su vida. Una y otra vez, obsesivamente, los reproduciría en su mente: su hija amada insultándolo, el sonido del motor de su auto perdiéndose a lo lejos.

La siguiente vez que la vio fue en un cartel en La Paz. El ejército ofrecía cien mil pesos por

ella, viva o muerta.

MONIKA A SOLAS

¿No sentir nada es sentir algo? Llevas años preguntándotelo y ahora, mientras entregas tus documentos, vuelve a suceder. Ninguna emoción, ningún recuerdo: es la consigna ante cualquier instancia de control. Aferrarte a una sola idea, a unas cuantas palabras, a esa pregunta que ha vuelto a asomar. Permaneces quieta, imperturbable, mientras el policía revisa tu pasaporte y tu pase a bordo. Sabes que pronto levantará la cabeza para examinarte (levanta la cabeza y te examina), sabes que no sonreirás mientras lo haga (no sonríes pero sí le devuelves la mirada sin temor). ¿Le gustó Bolivia?, pregunta. Te llamas Belén Hernández y eres una empresaria española que estuvo viajando por el país durante tres semanas. Sí, mucho, dices. ¿La Academia o el Tigre?, pregunta. Ninguna emoción, ningún recuerdo: piensas eso mientras lo miras en silencio, como si no entendieras de qué habla. La gloriosa Academia, por supuesto, dice él y se ríe mientras te devuelve los documentos. Te alejas sabiendo que seguramente está mirándote el culo. En el baño de la sala de embarque una anciana te advierte que no hay papel higiénico. Le agradeces la información y, apenas se va, igual te encierras. La mayoría de los pasajeros ya ha abordado cuando sales, es mejor ser de las últimas en subir. Treinta y nueve horas más tarde estás en el aeropuerto de Praga y tienes un nuevo pasaporte que te han entregado en la embajada cubana. Ahora te llamas Rosalinda Cabrera y vuelves a La Habana, tu ciudad natal, después de una breve estancia laboral en la hermana república socialista de Checoslovaquia. Ya nadie te pregunta nada.

A las tres semanas eres una turista australiana que llama al consulado boliviano en Hamburgo para solicitar una entrevista personal. Tienes algunas preguntas sobre el visado para un grupo de viajeros de tu país. La secretaria, una mujer amable, te dice que pases dentro de una semana exacta, a las diez de la mañana del primero de abril: el cónsul general podrá atenderte entonces en persona. Das tu nombre, dices que estarás ahí, agradeces y cuelgas. Los días siguientes te aseguras de tener todo listo y encuentras a tu contacto en una calle concurrida, donde te da una pequeña cartera de doble fondo que tiene oculta una Colt Cobra. Mientras caminas de regreso a tu hotel sientes que no hay un solo segundo de tu vida que no haya estado orientado a prepararte para esto. Sin embargo, a pesar de todo, tu corazón bombea fuerte y en algún momento te dan ganas de llorar. ¿Estás a tiempo de retroceder? ¿Qué harías? ¿Reconciliarte con tu padre y refugiarte con él en Dolorosa? ¿Volver a abrir el albergue? ¿Renunciar a los sueños y desaparecer en Europa, un

continente que hace mucho te es completamente ajeno? Llegas a la habitación, guardas la cartera, te echas en el suelo para hacer algunos ejercicios. Ahora que necesitas abstraerte de todo, los recuerdos se desbordan. Quieres gritar, destrozar el cuarto a patadas, darle un cabezazo al espejo: echada en el suelo respiras hondo una, dos, tres veces, retienes el aire, lo exhalas, vuelves a respirar. Una hora después te metes en la ducha y permaneces largo rato bajo el agua. Sigues respirando hondo, una, dos, tres veces. No puedes abandonar el presente. El presente es el agua fría que cae sobre ti, el temblor de tu cuerpo, la misión a la que estás abocada, una misión que te hace feliz. No debes pensar demasiado, no puedes permitirte dudar. Revisas el revólver, te gusta su ligereza. Durante la hora siguiente ejercitas los movimientos hasta perfeccionarlos. Guardas todo, sales a caminar.

Solo has dormido dos horas pero no estás cansada. Hasta hace poco lloviznaba, el cielo ahora empieza a despejarse. ¡Victoria o muerte!, escribes en un pedazo de papel que arrancas de una revista. Lo ocultas en la peluca que luego te acomodas con cuidado y piensas en Inti. Te pones unos lentes de marco grueso y buscas la cartera y piensas en él. Tu contacto está afuera. Subes al auto, pregunta si todo bien. Mejor que nunca, dices. Él parece tranquilo, como si hiciera esto todos los días. Lo conoces poco, por unos segundos te arrepientes de no haber conversado más. Toma la Heilwigstrasse, en menos de siete minutos llegarán. Estás helada por dentro, son los tiempos de espera los que te vuelven vulnerable. Entras en el consulado a las diez menos cinco, el ambiente huele a humo y al perfume dulzón de la secretaria. Ella se acuerda de ti, dice que por favor tomes asiento, el cónsul no demorará. Hay un cartel del lago Titicaca en la pared de enfrente. Apartas la mirada, te concentras en la manchita rojiza en la punta de tu zapato. Te ayuda a pensar en las manos amputadas del Che, en el cuerpo destrozado de Inti, en el cerdo de Toto Quintanilla, responsable directo de las dos cosas en sus años en el ministerio. Respiras hondo una, dos, tres veces. Exhalas, vuelves a respirar. Luego levantas la mirada y lo ves: su bigotito, sus patillas, su sonrisa. Viene hacia ti con la mano extendida en el aire, te está saludando. Sacas la Colt Cobra mientras te pones de pie y disparas tres veces, apuntando hacia su cabeza.

Tardas medio año en volver a La Paz. Quieres estar ahí, hay demasiado por hacer. Te asignan a un argentino para cuidarte. Tiene veinticuatro años, dudas de que sea experimentado. Viven en barrios populares, nunca permanecen más de una semana en ningún lugar. Cada frenazo, cada puerta que se abre, es quizá el enemigo. Mantienen un movimiento constante, solo si se quedan quietos los van a agarrar. Sabes que vienen por ti, creen que has hecho lo que has hecho. Hay reuniones, planes serios para desestabilizar al régimen, un entusiasmo que se revitaliza bajo la

opresión. Hay también, después de años, sexo con el argentino, un sexo elemental que no entiendes pero que te hace bien para combatir el encierro. Mientras coges recuerdas a tu ex marido, a su hermano, a Inti. Vuelves a ser el cuerpo que ellos usaron. Lo piensas así: el cuerpo que ellos usaron, el cuerpo que ahora usa el argentino. Mantienes la frialdad, la sientes dentro tuyo todo el tiempo. Ninguna emoción, ningún recuerdo: esa va a continuar siendo la consigna. ¿No sentir nada es sentir algo? Varios compañeros siguen cayendo. Quieres ayudar pero la organización refrena tu margen de maniobra. Dicen que la CIA se ha involucrado en tu búsqueda, que hay carteles con tu cara por todo el país, que Toto Quintanilla era apreciado entre los milicos y van a mover cielo y tierra para vengarlo. Detestas los tiempos de espera, te devuelven a lugares en los que prefieres no estar, a las vidas alternativas que no llevaste. Con lo que más te cuesta lidiar, sin embargo, es con la sensación de inutilidad (¿para qué has vuelto si no te dejan hacer nada?, ¿qué sentido tiene estar aquí si es como si no estuvieras?) y con el encierro. Cuando no logras aguantarlo, por más peligroso que sea, sales a caminar. Ahora, por ejemplo, son las siete de la mañana y llevas horas despierta. Apenas se despabila el argentino, le dices que necesitas dar una vuelta. Te pones tu sombrero y tu poncho, le das una mirada al espejo. Eso eres tú ahora, piensas, esa mujer del otro lado eres tú.

CIGARRILLOS

No solo empezaba el año sino también una nueva década y quería iniciarme en ambos con un gran propósito que los determinara. Había pensado que ese propósito podía ser encontrar pareja al fin, o mudarme de ciudad o de país. El primero de enero de 1970, de un segundo a otro, me propuse dejar de fumar.

Iba a ser lo más desafiante que me hubiera tocado hacer, pero necesitaba un cambio y tenía sentido comenzar por ahí.

Fui encontrando cigarrillos en los lugares más inusuales, sueltos o en cajetillas.

En los bolsillos de pantalones que no usaba hacía años.

En los maceteros de las plantas.

Entre las ollas.

Los puse todos en una bolsa negra y salí a la calle. Esperar a que pasara el camión dos días después hubiera acabado conmigo. Llegué a un lote baldío que no estaba lejos y, tras constatar que nadie me veía, la boté.

De chicas habíamos mantenido una guerra de basura con los vecinos. A cada cáscara de plátano que lanzaban en nuestro jardín nosotras devolvíamos tres.

Me acordé de eso mientras regresaba a la misma casa en la que vivíamos entonces, aunque hacía años yo solo ocupara el apartamentito de la parte de atrás, mientras adelante iban desfilando una familia tras otra.

A mí la nostalgia me servía.

Para sentir que había valido la pena vivir y para darle una mayor densidad al presente. Mientras caminaba de regreso no solo había esas calles vacías y una mujer que las atravesaba a solas. Había también la guerra de basura que ella y sus hermanas mantuvieron durante años con sus vecinos. Había esas hermanas en sus distintas edades. Había la madre a la que se parecían en mayor o menor medida.

Fue tortuoso ese primero de enero.

Me desesperé mucho.

Lloré como loca.

No pude dormir.

Al día siguiente fue todavía peor. Las manos me temblaban y la boca me sabía rara, el corazón latía con una fuerza descomunal, como queriendo salirse de mí. Tuve pesadillas cuando logré

conciliar el sueño. Después de todo quizá no tenía sentido dejar de fumar si era algo que me hacía feliz.

Llevaba tiempo dando clases de alemán, particulares sobre todo pero también en el Goethe-Institut. Pronto cumpliría veintisiete y en general no me podía quejar.

No tenía a nadie pero no me podía quejar, aunque últimamente había empezado a sentir que necesitaba un cambio importante, algo que renovara mi manera de entenderme y de entender lo que tenía alrededor.

El tres de enero me detuve en varias tiendas de barrio. Terminé comprando chicles y dulces cuando lo único que quería era volver a tener un cigarrillo en la boca. Ese mismo día, cerca de la medianoche, ya no aguanté más. Era sábado y había lugares abiertos. Compré una cajetilla y un encendedor.

Pasaron tres hombres por mi lado cuando regresaba. Uno dijo algo que no entendí. Seguramente era una grosería, los otros dos rieron.

Todavía estaba a tiempo de no hacerlo.

Soy supersticiosa, temí lo peor si no cumplía mi propósito.

El lunes volvería al trabajo. El lunes empezaría en serio el nuevo año, la aborrecible década de los setenta.

Aceleré el paso.

No me detuve hasta llegar.

Entre los alemanes había corrido el rumor de que Monika estaba detrás de algunos de los atentados terroristas que sucedieron esos primeros meses en la ciudad. A raíz de ello cambiaron su trato hacia nosotros, nos apartaron.

Hacia mediados de marzo me hicieron saber que no podía seguir trabajando en el Goethe-Institut. No importaba, me iba mejor con las clases particulares, así que ni les di el gusto de preguntar por qué.

Papá lo pasó peor. Los exportadores a los que abastecía le pusieron mil trabas y al fin dejaron de comprar sus productos. Su orgullo era más grande que el mío y lo que realmente le hacía daño eran los saludos a medias, el goce que les daba a otros hablar de nosotros. Llevaba años alejándose poco de su hacienda pero a partir de entonces dejó de hacerlo por completo.

Todo este trajín para volver a lo mismo, se quejó un día por teléfono. Dijo que había vivido algo parecido en la posguerra, que ya lo habían hecho sentir como un apestado, que en esa época también le cerraron una puerta tras otra, pero que esta vez no se movería ni medio centímetro.

Quería que me fuera a vivir con él a Dolorosa. Qué nombre, pensaba siempre que la mencionaba. A pesar de todo, yo estaba bien en La Paz.

Me aliviaba mantener contacto permanente con niños y adolescentes, me gustaba ver cómo iban aprendiendo un nuevo idioma.

Tenía siete estudiantes fijos a los que veía dos veces por semana. Tenía otros tres o cuatro que aparecían en época de exámenes.

Disponía libremente de mi tiempo.

En verdad no hacía demasiado.

Miraba por la ventana.

Iba al cine.

Alguna vez tomaba té con Lilota, la amiga obesa de Monika. Ahora trabajaba en un hospital, pero echaba de menos el albergue. Hablábamos de mi hermana en pasado, su presente nos era desconocido, ni siquiera sabíamos si estaba en la ciudad.

Yo a veces sentía que me espiaba, que había días en los que me seguía. Otras veces, mientras volvía al apartamentito, se me ocurría que la encontraría ahí. No nos diríamos mucho, pensaba. Simplemente nos abrazaríamos largo rato y luego nos echaríamos juntas en mi cama hasta quedarnos dormidas.

Extrañaba nuestras vidas de hacía algunos años, cuando recién habíamos llegado y todo era nuevo para nosotras. Extrañaba a mamá, seguía extrañándola. Quizá nunca había dejado de mirarnos. Se reiría de lo poco que habíamos logrado, se reiría de que mi propósito de dejar de fumar hubiera durado solo tres días.

Mi nostalgia era difusa, me costaba pensar en momentos precisos. Aparecían sobre todo el viaje en barco, la gloriosa Navidad del 55 y mi primera época a solas en La Paz, cuando tenía diecisiete y todo parecía imposible. Ahora estaba por cumplir diez más y la sensación seguía siendo la misma.

No sabía cómo anclarme en la realidad.

La realidad eran los periódicos que empecé a revisar en la calle (en busca de Monika), los noticieros que oía en la radio (en busca de Monika). La realidad eran los niños y adolescentes a los que enseñaba un idioma que no sabía por qué los obligaban a aprender. La realidad era la gente que se juntaba y se reproducía y permitía así que las mentiras del mundo siguieran funcionando.

Mi estómago empezó a darme problemas. No podía retener las ganas de ir al baño y más de una vez terminé cagando en callecitas poco transitadas, limpiándome con hojas de árboles o algún periódico que hubiera tenido la suerte de encontrar. Quizá hacerse adulto sea justamente eso: avergonzarte de tu cuerpo y sus rebeliones y prisas, preocuparte por el ardor que sientes después del café, siempre temer lo peor. Todo eso empezó a sucederme a principios de los setenta, lo que quiere decir que fue entonces que me hice adulta.

También sucedió esto: decenas de muchachitos, la mayoría de ellos bastante menores que yo, se

metieron en la selva para iniciar una nueva guerrilla. Lo primero que me pregunté al oír la noticia fue si Monika estaría entre ellos, si ella también se habría ido a pelear. A pelear contra quién, fue lo segundo que me pregunté, a pelear contra quién mierdas en medio de la selva.

En mi desquicio pensé que la culpable de todo era yo, que de haber cumplido mi promesa de no fumar más nada de eso hubiera estado sucediendo.

No me los podía imaginar.

Decenas de muchachitos armados yendo hacia su muerte. Decenas de muchachitos que serían masacrados por el ejército.

Y entre ellos, quizá, mi hermana mayor.

La información era escasa y no había manera de saber qué creer. ¿Eran veinte? ¿Cincuenta? ¿Cien? Habían secuestrado a dos gringos poco antes de meterse en la selva pero al parecer los habían liberado ya. Nada era seguro si no tenías a algún conocido en el gobierno y yo no tenía a nadie.

Me volví una mujer pegada a una radio. Me volví la obsesiva que revisaba de punta a canto todos los periódicos en el puesto de la esquina de su casa.

Había días en los que fumaba hasta tres cajetillas.

Lo que puede ir mal lo hará, me decía, lo triste será más triste aún.

A Heidi la noticia le fue indiferente. Llevaba media vida sin ver a Monika (ella ni siquiera conocía a sus sobrinos) y ahora eran completas desconocidas entre sí. Para mi sorpresa, papá tampoco parecía alarmado. Parecía dolido nada más, como si Monika hubiera cometido una traición personal. Tenía amigos en la cúpula militar y dijo que averiguaría, pero yo sabía que su imagen ante ellos lo preocupaba y que no exhibiría su vulnerabilidad ni siquiera en condiciones extremas.

Por entonces ni sabía dónde quedaba Teoponte. No sabía quiénes eran los socialdemócratas ni en qué consistía el foquismo guevarista ni tampoco que entre los comunistas los había de tendencia prosoviética o prochina y que sus divergencias eran grandes pero que aun así ambos bandos se habían unido esta vez, cuatro años después del intento anterior. A mí nunca me había interesado la política y ahí estaba, enterándome de mil cosas que en el fondo seguían sin importarme.

Me importaba mi hermana.

Me importaban la vida y la muerte de los muchachitos esos.

Son inexpertos, declaró algún militar, no significan ningún peligro para el país. Tendremos todo bajo control en semanas, declaró otro.

Releí un millón de veces las proclamas que habían lanzado antes de meterse en la selva. Quería

entender por qué lo hicieron, que la guerrilla tuviera algún sentido para mí, un sentido que se correspondiera con la realidad y no solo con el deseo o la estupidez. «La única forma de ser consecuentes con la Revolución Boliviana es pasar por encima de las poses declarativas a la acción —escribieron—, asumiendo la responsabilidad y el honor de empuñar las armas que junto al Che y al Inti dejaron muchos compañeros por la Liberación Nacional de nuestro pueblo.» Y yo no sabía dónde ponerme ni qué hacer y en esa confusión cumplí veintisiete.

Poco después llegaron las primeras noticias.

Nueve guerrilleros caídos, decían los periódicos.

Cuatro guerrilleros caídos, decían. Y cuatro más y otros siete.

Y solo entonces papá me avisó que acababa de recibir noticias de Monika: no sabía si se encontraba en el país pero estaba a salvo. Era una nota escueta, sin mayor información, completamente desprovista de emociones. Daba miedo oírlo (papá me la leyó por teléfono, llorando como un niño aunque lo negara cuando le pregunté qué sucedía), el desapego de la nota era en verdad aterrador.

Al cabo de dos o tres meses cerca de sesenta guerrilleros perdieron la vida. Según se rumoreaba, la mayoría había muerto de hambre.

El gobierno oficialmente dio por finalizada la lucha.

Veía a mi hermana por todas partes, no había un solo día en que no la viera. Si alguna vez sonaba el teléfono, mi reacción inmediata era pensar que era ella.

Me compré un perro y luego me compré otro. Necesitaba sentirme acompañada, que alguien siempre estuviera esperándome en casa.

Necesitaba encontrar a Monika y no sabía cómo.

Mientras tanto ella se multiplicaba.

Aparecía en la tienda del barrio.

En alguna butaca del cine al que iba a veces.

En las plazuelas donde paseaba a mis perros.

Perdí a varios de mis estudiantes, ya solo me quedaban tres, y mi estómago cada vez me daba más problemas. Los rumores seguían corriendo. La gente decía que mi hermana era una asesina despiadada, una mujer de sangre fría, alguien que estaba arruinando sola el prestigio de los alemanes en el país. Heidi intentaba convencerme de que volviera a Munich a ayudarla con los niños (que ya no eran tan niños) o a hacerme cargo de alguna de sus tiendas.

Sabía que no podía irme sin encontrar a Monika antes, sin convencerla de que lo olvidara todo, de que iniciáramos juntas una nueva vida donde nadie nos conocía. Nuestros padres lo habían hecho y Heidi también, a su modo.

Fueron los peores años de mi vida y mi único consuelo era decirme que lejos era posible volver a empezar. Fueron años devastadores y mi respuesta, donde sea que estuviera, una y otra vez, era obligarme a pensar así.

Luego me di por vencida.

No es cierto que la memoria sea un lugar seguro. Ahí también las cosas se desfiguran y se pierden. Ahí también terminamos alejándonos de la gente que más amamos.

Lo ven a lo lejos. Son las seis de la mañana y toma café mientras los espera, parado en la puerta de la casa. A su alrededor todo parece bastante más deteriorado que la última vez que estuvieron ahí, hace ya varios años.

Amadeo y Lucho, hermanos por parte de padre y socios en el incipiente negocio de la construcción, se acercan al ritmo que impone la mula. No saben para qué los quiere esta vez, su aparición en la tienda fue breve y desconcertante. Que no sería un trabajo difícil, dijo, que trajeran doscientos ladrillos y cemento, que en unas horas terminaban. Cuando Amadeo le pidió que fuera más preciso él no pareció oírlo o hizo como si no lo hubiera oído y se despidió con un gesto de cabeza y dos o tres palabras que ninguno supo entender. Desde muchachos habían hecho trabajos para él pero llevaba años sin buscarlos. La maleza que ahora rodea la casa la sobrepasa en altura y deambulan por ahí ocho o nueve perros. Parecen sombras a lo lejos, sombras que se fusionan o se desprenden unas de otras en una danza incomprensible.

Ellos siguen caminando sin decir nada pero sintiéndose atemorizados por la presencia del Alemán. Su aspecto andrajoso empieza a distinguirse mejor a medida que dan un paso tras otro en la colina que los conduce a la casa. Ya más cerca, a unos cuarenta metros, él levanta una mano y los saluda.

Dos horas después remueven la tierra del rectángulo que han trazado siguiendo sus instrucciones. El Alemán supervisa el trabajo parado a unos metros, rodeado de sus perros. Es su guardia privada, su reino inmediato, lo único que queda además de la casa, que está a trescientos metros de la fosa que ahora cavan.

¿Y ellos qué? Nada, piensa Lucho, que a media mañana ya siente hambre. Nada, piensa Amadeo, que se pregunta por un segundo si habrá plata en la casa, plata que podría cambiarles la vida a él y a su hermano, a sus familias. Concéntrate, Lucho, dice el anciano y luego murmura palabras ininteligibles mientras le acaricia la cabeza a uno de sus perros. Otros dos empiezan a pelear. Se queda quieto mirándolos y surge un silencio extraño que obliga a los hombres a detenerse para ver qué sucede. Parece perdido el Alemán, a ratos deja de estar. Es algo que quizá les termina sucediendo a todos los viejos. ¿Yo cómo seré?, se pregunta Lucho y no puede evitar imaginar una panza inmensa, una panza que de hecho ya se insinúa debajo de

la polera. Amadeo, a su vez, sigue preguntándose dónde podría tener guardada su plata el Alemán. Cerca de él los dos perros que pelean se atacan con una violencia creciente. Preocupados por terminar pronto, los hermanos se desentienden del espectáculo y retoman el trabajo.

En dos horas han alcanzado un metro cuarenta de profundidad, es tierra suave, las lluvias la ablandan. El Alemán quiere que lleguen a los dos y medio. Mucho es, le dijo Amadeo por la mañana, con dos tendría más que suficiente, incluso con uno setenta o uno ochenta tendría más que suficiente. Lucho asintió a su lado con la cabeza agachada, le costaba mirarlo a los ojos. Había algo en ellos que lo intimidaba. Países desconocidos. Una hija a la que según se rumoreaba los militares habían ultrajado de la peor manera posible. Otras dos que se fueron para nunca volver. Es lo que provocan los hombres de su estirpe, se decía en el pueblo, sobre todo cuando el trago ya había hecho lo suyo, es la desolación que siempre hay en torno a los que se creen invencibles. Está decidido, dijo el Alemán. Dos metros y medio nos van a tomar demasiado, siguió quejándose Amadeo, y además el ladrillo no va a alcanzar. Hay más en la casa, respondió él y ya no volvió a hablar hasta que estuvieron en la parte del terreno donde harían el trabajo. Ahí se quedó las horas siguientes. ¿Era lo que creían, esa fosa? ¿La hacía para él mismo o porque había encontrado al fin los restos de su hija?

Vamos a almorzar, dice al mediodía, y sin esperar respuesta se da la vuelta y se dirige hacia la casa, ayudándose con un bastón.

Hay decenas de platos sucios por todas partes y se desprende del lugar un olor rancio. Amadeo y Lucho no pueden evitar mirarse para confirmar su propia sorpresa. Dos perros que lograron escabullirse olisquean debajo del viejo sillón de la sala. Una de las paredes está llena de fotos pero son apenas visibles debajo de la mugre. Lucho pasa el dedo por encima de algunas. En una aparece el Alemán en la cima de una montaña, en otra se lo ve manipulando una cámara, joven y vigoroso, un hombre que cree en sí mismo. La foto que más le llama la atención, sin embargo, es una en la que sus tres hijas sonríen. Hay algo hipnótico en cómo miran a la cámara y no puede desprender la vista. A su lado, distraído, Amadeo se pregunta si es posible que haya plata en un sitio así.

El Alemán los llama desde la cocina con un carajazo. Lo ven sacar dos latas de atún y una de choclos. Se las pasa a ellos para que las abran. A un costado hay un par de motores inservibles, un trípode, cables. La acumulación hace que el lugar parezca chico aunque saben que es una de las haciendas más grandes de la zona. El anciano deja en la mesa tres tenedores y un paquete de galletas de agua y se sienta. Buen provecho, dice antes de ponerse a comer. Ellos dos tienen un hambre desquiciada pero siguen su ejemplo tímidamente. Minutos después Amadeo hace el

intento de conversar. Le pregunta en qué circunstancias llegó al país, si a estas alturas se siente más boliviano que alemán, qué es lo que más le gusta de Concepción. Él tiene la vista clavada en la mesa y no responde a nada, solo al rato ellos se dan cuenta de que en realidad se ha quedado dormido. Sería tan fácil deshacernos de este estropicio, piensa Amadeo. Lucho piensa a su vez que preferiría no llegar a viejo y que ojalá le toque abandonar antes las miserias de este mundo.

Cuando el Alemán baja a las tres, ya han terminado de cavar la fosa tal como quería. Los perros vuelven a cercarlo, los ahuyenta violentamente con su bastón. ¿Cuántos años tiene? Más de noventa seguro, quizá incluso más de cien, los cien del siglo que se acaba. No pueden ni quieren imaginar a cuánta memoria equivaldrá eso ni tampoco qué la poblará. Ahora recubran las paredes, les ordena el Alemán. Vamos a necesitar agua, dice Lucho. Traigan de la casa, responde él.

Quedan pocas horas de luz. Avanzan a toda prisa, quieren largarse de ahí cuanto antes. Su presencia no es buena. Los atemoriza y les da asco y pena, débil, mugriento, ya más del otro lado que de este.

Después de que les paga en su sala, vuelven afuera, se lavan rápido y cargan la mula. Mis tripas se están retorciendo, le dice Lucho a su hermano, ¿churrasco a la noche? Churrasco y unos buenos alcoholes, dice Lucho, le diré a la Gorda que se esmere con yuquitas fritas. Yo le digo a la Juana que haga arroz, dice Amadeo.

Los esperan cincuenta minutos de recorrido.

Al menos están bien acompañados.

Empiezan a caminar.

Rodrigo Hasbún (Cochabamba, 1981) se ha consolidado en poco tiempo como uno de los escritores latinoamericanos más interesantes de su generación. Ha publicado los libros de cuentos *Cinco*, *Los días más felices* y *Cuatro*, un volumen de relatos escogidos titulado *Nueve* y la novela *El lugar del cuerpo*, por la que recibió el Premio Nacional de Literatura Santa Cruz de la Sierra. El Hay Festival y Bogotá Capital Mundial del Libro lo eligieron en 2007 como uno de los 39 escritores latinoamericanos menores de 39 años más importantes del continente, y en 2010 la revista *Granta* lo seleccionó como uno de los 22 mejores escritores jóvenes en español. Con guiones de su coautoría, dos de sus textos fueron llevados al cine por el director Martín Bouloq.

Edición en formato digital: mayo de 2015

© 2015, Rodrigo Hasbún

© 2015, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Nora Grosse

Fotografía de portada: © National Geographic

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-397-3060-6

Composición digital: M.I. maqueta, S.C.P.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Índice

Los afectos

Parte I

Paitití

Navidad

Reinhard

La gran destrucción

Monika y los otros

En el jardín

Parte II

Los muertos

Reinhard

Nuestros amores

Dolorosa

Monika a solas

Cigarrillos

A lo lejos

Biografía

Créditos